

El pastor que jugó con Ronaldo y otras fábulas deportivas



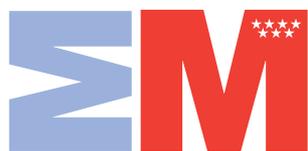
Arturo Pérez Belló

MM
La Suma de Todos

Comunidad de Madrid

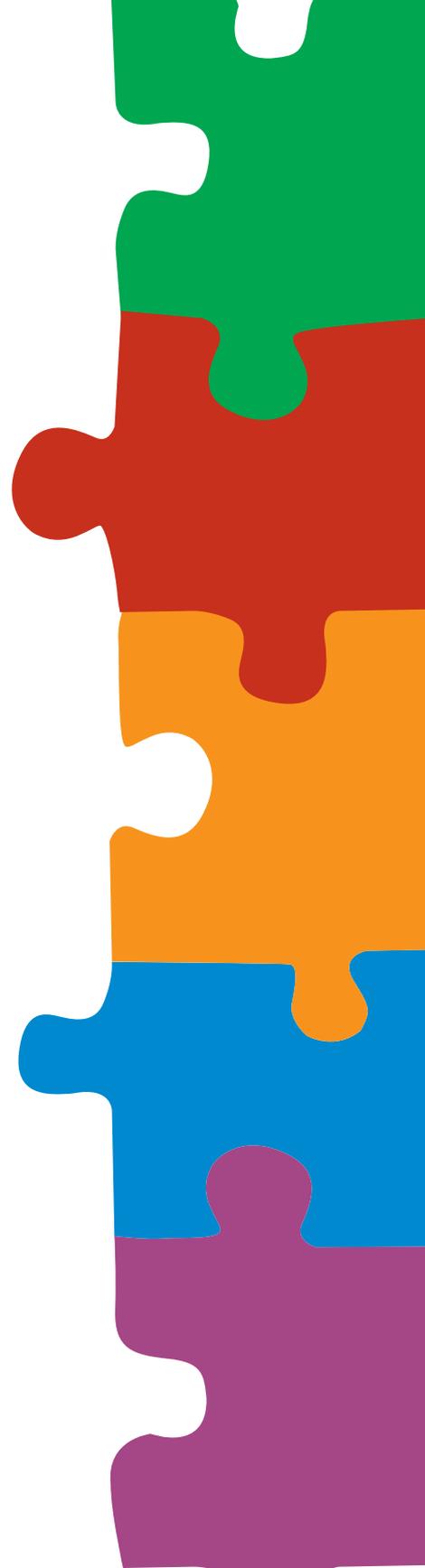
El pastor que jugó con Ronaldo

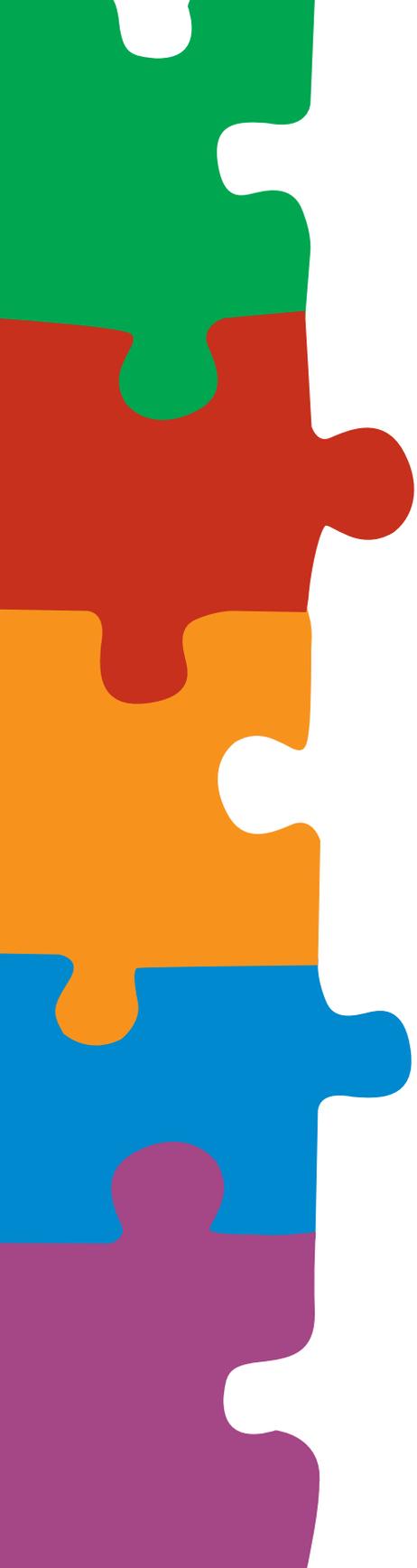
y otras fábulas deportivas



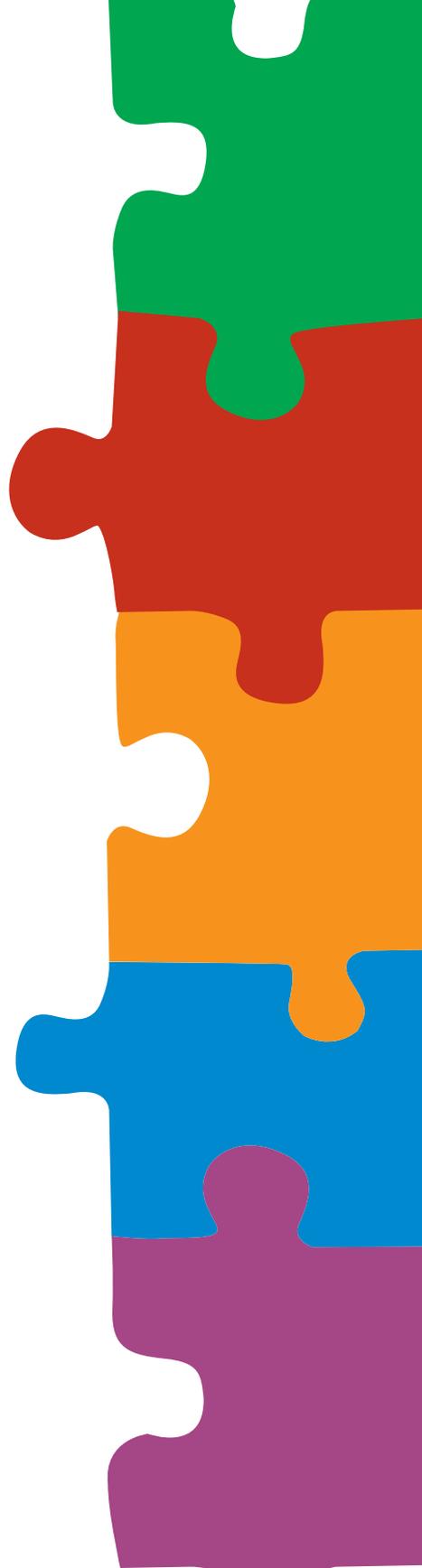
La Suma de Todos

 **Comunidad de Madrid**





Dedicado a Pilar Socorro



DIRECCIÓN GENERAL DE DEPORTES
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
COMUNIDAD DE MADRID

© Dirección General de Deportes

Edición abril 2007

Autor	Arturo Pérez Belló
Ilustraciones	Diego Gómez García-Carpintero
Ilustración contraportada	Ignacio Martín Cárdenas
Diseño y maquetación	Text Design, S.L. <i>Natalia Casado Sánchez</i>
Supervisión de la edición	Cristina Hernández Martínez
Tirada	1.000 ejemplares
I.S.B.N.	978-84-451-2976-0
Depósito legal	M-16.666-2007
Imprime	B.O.C.M.



CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN, JUVENTUD Y DEPORTE
Comunidad de Madrid

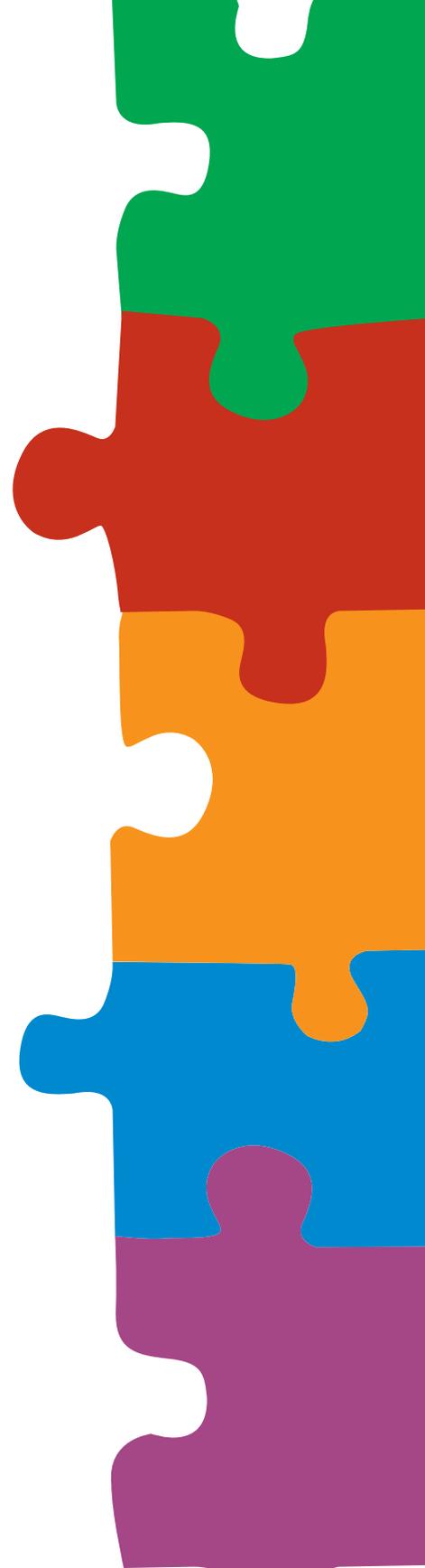
Esta versión digital forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación, Juventud y Deporte de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión se encuentran amparadas por el marco legal de la misma

www.madrid.org/edupubl
edupubl@madrid.org



ÍNDICE

Prólogo	7
El pastor que jugó con Ronaldo	11
La Carrera del siglo	41
Fernando, el portero de balonmano	63
Ainhoa, la chica que no sabía nadar	99
“Puño de Hierro” y la pantera	127



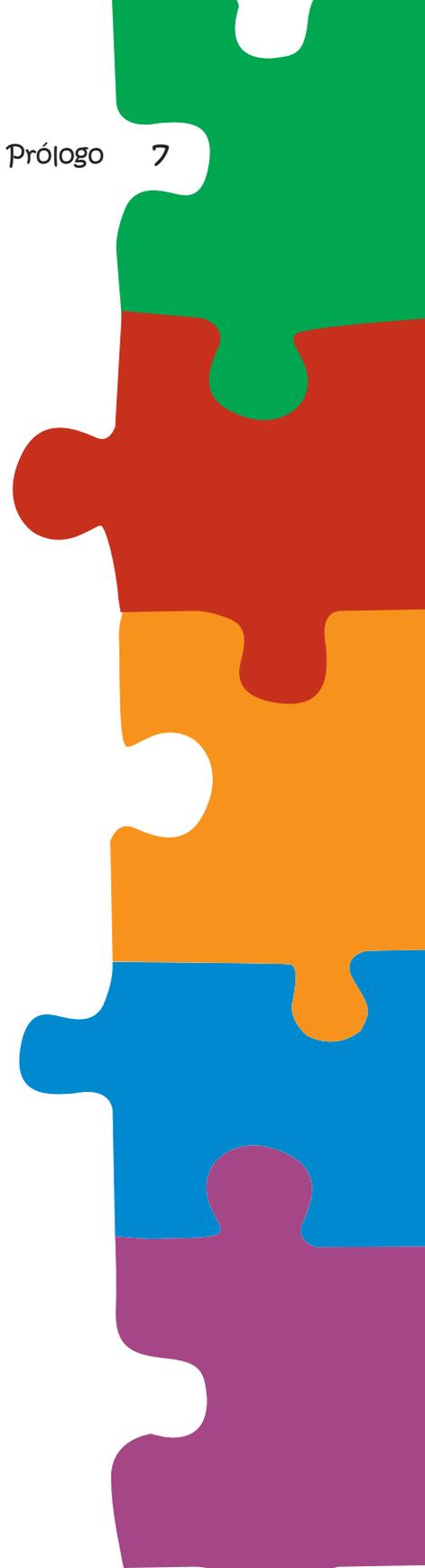


Este libro está pensado para todos aquellos a los que el deporte les resulta divertido, utópico, imaginativo, entretenido, provocador, alegre, rebelde y creativo es decir a todos los niños y niñas que aún se emocionan con la magia del juego.

PRÓLOGO

Siempre es muy gratificante encabezar el prólogo de un libro, pero si además es de deporte y está dirigido a los más pequeños, resulta aún más placentero. El presente libro está compuesto por una serie de relatos cortos en los que predomina la sencillez y la emoción por encima de todo. En estos cuentos el deporte sirve de argumento para exaltar unos valores que éste siempre ha tenido y que el autor los remarca con naturalidad y un fino sentido del humor, que hará las delicias de los niños y niñas que se adentren en la lectura de este apasionante libro.

La amistad, el afán de superación y la solidaridad son algunos de los valores que los diferentes cuentos nos



ensalzan como elementos de complicidad entre el lector y el deporte, que aporta lo mejor de sí mismo para emocionar y cautivar a los que siempre lo hemos admirado. Lectura y deporte se unen en un binomio difícil de superar. El sentido educativo y formativo de la lectura se combina con los aspectos recreativos y lúdicos del deporte, fusionándose en una mezcla explosiva de juego, entretenimiento y diversión.

Disfruten de este libro que ha sido elaborado para deleite de los más pequeños con esbozos y colores que nos recuerdan que la imaginación y la fantasía pueden ser elementos educativos de integración de primer orden si se saben combinar correctamente.



Antonio Garde Fernández-Fontecha
Director General de Deportes

El pastor
que jugó con
Ronaldo



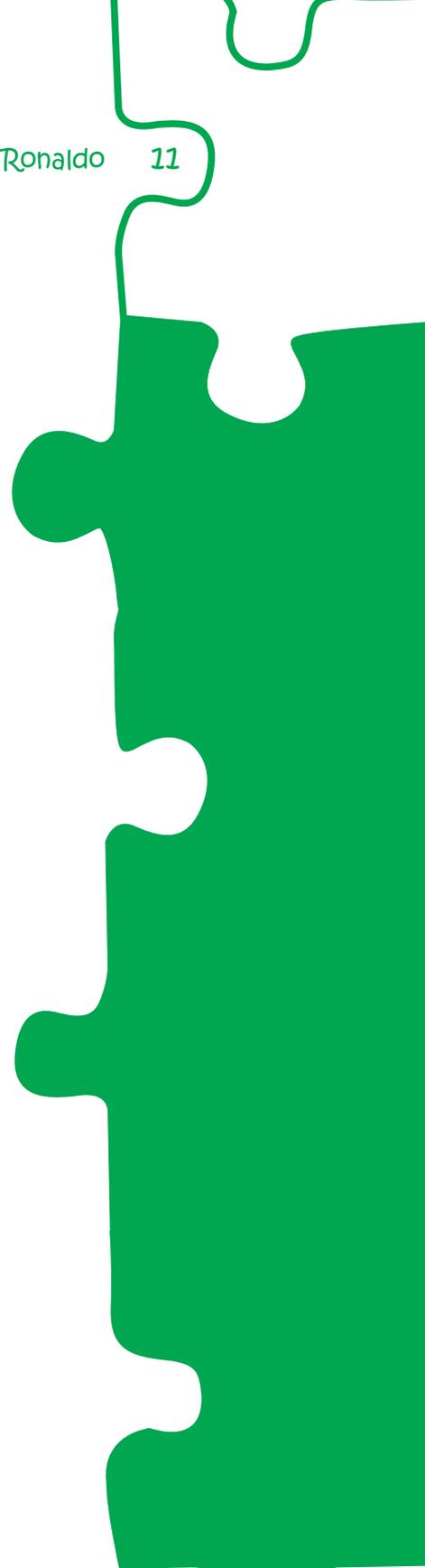
El pastor
que jugó con
Ronaldo

Capítulo I

Me llamo Aitor, tengo dieciséis años y soy pastor. Cuando mi padre se fue a trabajar a otra ciudad tuve que dejar el colegio y hacerme cargo de las ovejas, más de ciento treinta cabezas en total.

Todas son de la variedad manchega, suelen ser muy simpáticas y un poco lentas. Son esas que tienen mucha lana alrededor del cuerpo y que producen abundante leche, con la que elaboramos un rico queso que tiene fama en toda la región.

La verdad es que el verdadero pastor es mi perro Rex, porque yo lo único que hago es llevar un palo



muy largo para que sepan siempre dónde estoy. También abro y cierro todos los días el portón de la puerta del corral donde duermen. Rex las agrupa en círculo y las conduce sin que ninguna se pierda. Aunque una vez, Dorita no apareció hasta por la noche porque se había quedado en una arroyada y no podía salir.

Me levanto muy temprano, cuando aún no ha salido el sol y me voy camino de la Campiña con la tartera de comida que me prepara mi madre.

Al principio cuando me veía salir solo con tantas ovejas, se quedaba llorando y me despedía desde la puerta de casa como si me fuese a pasar algo.

Mis compañeros del colegio siguen estudiando, algunos dicen que van a ir a la universidad, que es un sitio donde al parecer se aprende un montón.

Aunque yo también sé muchas cosas: sé donde encontrar agua para beber en el campo, sé donde están los mejores pastos verdes, sé donde hay liebres, conejos y perdices y sé golpear un balón de fútbol más de doscientas veces con el pie sin que se me caiga al suelo.

En el recreo del colegio jugábamos mucho al fútbol con los de mi clase. Yo era el mejor, todo el mundo quería jugar en mi equipo porque siempre era el que ganaba.

No pasaba igual en clase, allí siempre tenía suspensos y enfados con mi profesora Isabel. Me decía que tenía que leer más y que en las cuentas siempre me equivocaba. La verdad es que en la escuela todos me consideraban un poco tonto porque no era como los demás.

Tenía que recorrer más de dos kilómetros desde mi casa para llegar al cruce con el pueblo de Olague, en Navarra. Allí me recogía un autobús que tardaba media hora en llegar a Pamplona, ciudad donde iba al colegio, porque teníamos que recoger a otros niños. Y a la vuelta igual, pero de noche. Además, cuando llegaba a mi casa tenía que ayudar a mi padre en todas las faenas del caserío y nunca me daba tiempo a hacer los deberes. Estaba un poco harto, la verdad.

Cuando mi tío Patxi me regaló un balón de reglamento fui el niño más feliz del mundo. Era el balón oficial con el que se juega la liga de primera división y excepto unas letras de colores muy pequeñas, era blanco, pero un blanco brillante.

La primera noche dormí con él, no me separé ni un momento de su lado y ahora algunas veces me lo llevo al campo cuando voy con las ovejas. Rex se pone

de portero y hace cada parada que no las igualaría uno de verdad, pero quiere morderlo a toda costa y lo tiene muy arañado.

Siempre voy buscando las zonas donde hay más pasto y últimamente voy muy cerca de un campo de golf en Gerendiain, un pueblo muy bonito que está cerca de mi casa, en el que hay mucha agua incluso en verano. Allí me encuentro siempre bolitas de colores con las que juegan los señores que están dentro del campo.

En las proximidades veo a mucha gente que lleva unas enormes bolsas con palos, algunos van en unos coches muy pequeños como los que salen en las películas.

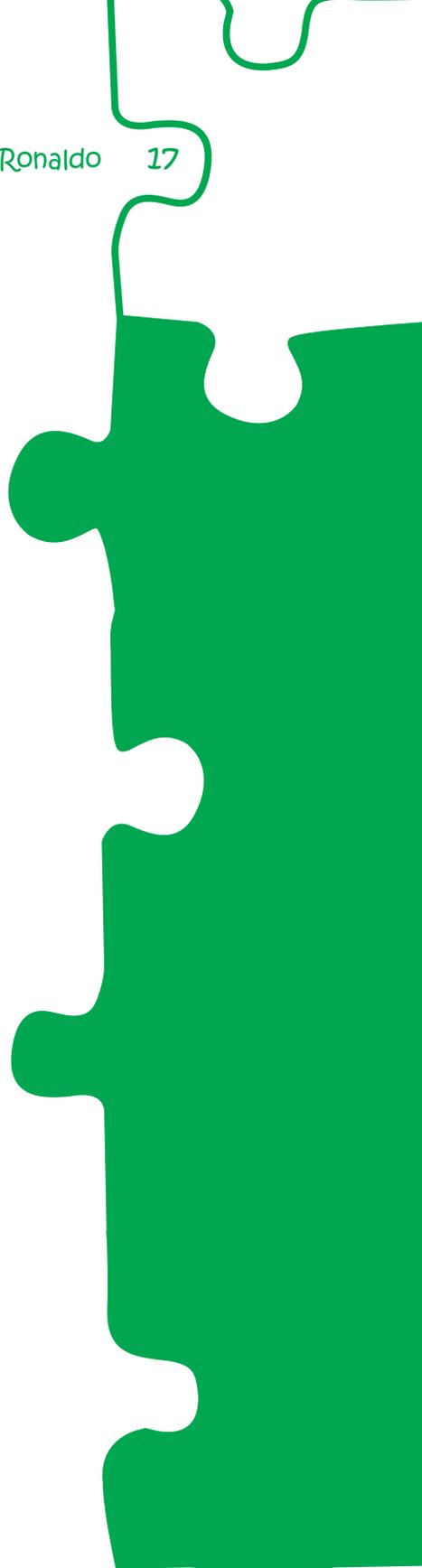
En los meses de julio y agosto hay muchos turistas que me preguntan por las ovejas, por lo que comen y otras bobadas, los hay que quieren hacerse fotos

conmigo y hasta me dan propina por dejarles coger a los borreguitos. Creo que se ríen un poco de mí, pensarán que soy un poco tonto y que no sirvo para otra cosa. A lo mejor tienen razón, pero mi padre me ha dicho que muy pronto vamos a vender las ovejas y podré ir otra vez al colegio, a aprender un oficio, dice.

Yo paso mucha envidia cuando veo a los niños que llevan zapatillas de marca y relojes muy grandes; me pongo una gorra al revés como ellos, pero creo que sigo pareciendo un pastor.

Un caluroso día de agosto estaba frente a la valla del campo de golf, debajo de un gran árbol, jugando con el balón de reglamento, mientras las ovejas se agolpaban las unas con las otras para darse sombra. Me imaginaba que tenía que tirar una falta al borde del área frente a una barrera de seis defensas -suelo utilizar un chaparro de encina de un metro de alto- y

dos grandes árboles que hacen de portería. Allí se encuentra Rex, esperando a que el balón burle la barrera y se cuele entre los dos árboles, como el gol que marcó Roberto Carlos a la selección de Paraguay. Después la gente me aclama y yo corro como lo hace Ronaldo cuando marca un gol, con los brazos en cruz como si fuese un avión.



Capítulo II

Le había endosado seis goles al pobre Rex, cuando de repente, éste se dirige a la Valla de separación y se pone a ladrar a un señor al que apenas distingo porque no paraba de correr sobre el mismo terreno y porque llevaba un chándal de esos con capucha como los monjes, que le cubría casi toda la cabeza. Veo, eso sí, unos enormes dientes que no dejan de mostrarse porque el señor no para de sonreír. Me acerco y empiezo a distinguir sus facciones, su rostro me recuerda a alguien, estaba completamente empapado de sudor, por su cara corrían pequeñas gotitas que resbalaban por su frente y nariz. Lo reconozco, es él, Ronaldo en

persona, que está aquí conmigo, no me lo podía creer. Sin dejar de sonreír y moverse me dice:

- *¡Hola!, ¿la pelota es tuya?* -con un acento un poco raro.

No consigo pronunciar ni una sola frase, me quedo inmóvil, sin saber qué hacer ni qué decir.

-*Pásamela* -me dice.

- *¡Ahí va!* -le digo mientras lanzo el balón por encima de la alambrada, teniendo cuidado para que no roce con los pinchos.

Sin que caiga al suelo golpea el balón con su muslo y empieza a darle toques con todas las partes de su cuerpo, rodillas, hombros... en un alarde de equili-

brio y técnica. Primero con sus pies, cogiendo el balón un efecto muy raro, luego varias veces con su cabeza completamente calva muy suavemente hasta el punto de dejarlo pegado a su frente, moviéndolo como si fuese uno del circo. ¡Qué tío!

Cuando hizo todo esto lo agarró con sus manos y me preguntó:

- *¿Todas esas ovejas son tuyas?*

- *Sí* -dije moviendo la cabeza.

- *¿Y no se te escapan?*

- *No, es que Rex las sabe llevar muy bien...*

- *¿El portero?*

-Sí, hace buenas paradas ¿verdad?

-Es bueno -dijo riéndose y mostrando otra vez sus enormes dientes.

- ¿Tú eres Ronaldo, verdad?

-Nooooo... Bueno, sí, pero no se lo digas a nadie ¿vale?

-Te lo prometo, además yo no tengo amigos.

- ¿Juegas solo siempre?

-No, con Rex. Antes cuando iba al colegio jugaba en el recreo con los compañeros de clase. Pero mi padre se marchó a trabajar y yo me dedico ahora a sacar las ovejas. En las montañas no hay nadie que quiera jugar un partido.

- *¿Quieres jugar conmigo?*

- *Sí, claro, pero soy muy bueno ¿sabes?*

- *Está bien, está bien lo tendré en cuenta*
-me dijo con una sonrisa que de nuevo dejaba ver sus
dientes.

Seguro que con esos dientes apura bien los
melones y las sandías, pensé, según se iba corriendo
muy despacio por los lindes del campo de golf.

Luego empecé a preguntarme muchas cosas:
“¿Qué haría aquí Ronaldo?”, “¿Será verdad que tiene
una enfermedad que le impide jugar bien al fútbol?”,
“¿Vendrá mañana como me ha dicho a jugar conmigo?”.

¡Qué creído fui al decirle que era muy bueno!,
seguro que piensa que soy un poco tonto, como todos

y mañana ni viene a verme ni nada. El mejor jugador del mundo no puede venir a jugar conmigo, un pastor, que encima le dice que es muy bueno.

¡Seré tonto y mil veces tonto!

Cuando se lo conté a mi madre, ni se inmutó, siguió de espaldas preparando la cena y diciéndome que me duchara rápido que se hacía tarde. No me creyó en absoluto. No pude dormir, sólo daba vueltas en la cama recordando cada frase que había dicho. Estaba completamente arrepentido de mis palabras, mañana le pediría perdón, pero a lo mejor ni iba. La noche se me hizo larguísima y al día siguiente cuando mi madre me fue a despertar yo ya estaba en la cocina calentándome la leche.

- *¿Qué haces levantado tan temprano?*

-No podía dormir -le dije nervioso.

-Anoche llamó tu padre y me dijo que después del verano nos vamos a la capital con él. Así que hay que empezar a vender las ovejas para sacarle un buen partido. Además me dijo que quiere que sigas estudiando.

- ¿Y qué pasará con Rex? -le dije.

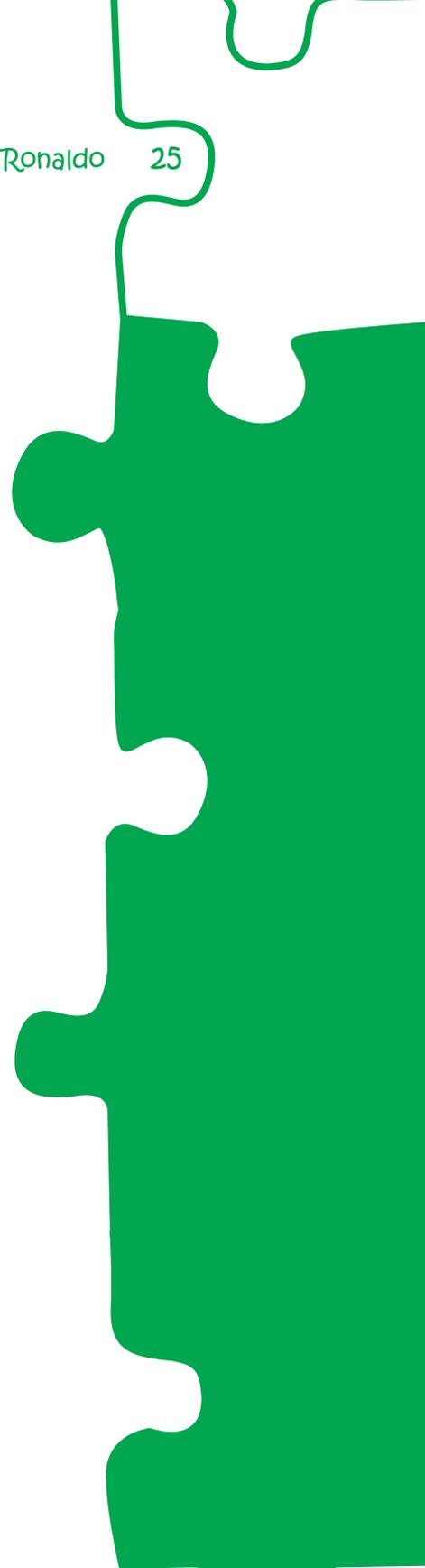
-No lo sé. Y por favor, no hables con extraños, que seguro que quieren alguna cosa, robarte o algo así -me dijo en un tono claro de advertencia.

Al despedirme me di cuenta de que esa sería de las últimas veces que saldría con las ovejas. En el fondo me daba pena, porque a muchas de ellas les estaba cogiendo cariño.

Cuando llevaba más de un kilómetro me acordé de Ronaldo. Parecía imposible, pero se me había olvidado el balón y no podía regresar.

¡Qué contratiempo!

Ahora qué le digo yo, pensé mientras caminaba hacia el mismo lugar que el día anterior. Hasta Rex pensaría que no sirvo para nada.



Capítulo III

Cuando llegué no había nadie, me asomé al campo de golf por la valla de alambres y vi sólo a dos hombres a lo lejos que estaban frente a una bandera muy larga. No creo que venga, me decía a mí mismo mientras daba vueltas alrededor de dos árboles muy grandes. Me quedé mirando a las ovejas que andaban rebuscando comida entre los restos, no debería haber venido aquí porque todo este lugar ya no tenía forraje (se lo comieron el día anterior).

Cada día hay que cambiar de sitio para dejar crecer los hierbajos, si no las pobres ovejas no encuentran nada de comer. Allí estaban todas sin saber dónde

ir, así que me fijé una hora para largarme a otro sitio más fértil.

Cuando dieron las doce y Ronaldo no apareció, me fui dando cuenta que había creído en un sueño. De esos que cuando te despiertas crees que te ha pasado de verdad. Ronaldo, el mejor jugador del mundo, no puede perder el tiempo jugando con un mocoso pastor que dice que es muy bueno. Ya me iba alejando de los alrededores del campo de golf, cuando oí a lo lejos un grito que me pareció ser el de Ronaldo, por su acento un poco raro.

No puede ser él, pensé. Pero volví a oír la voz, me di la vuelta y allí estaba debajo del árbol, por delante de la alambrada, era él en persona.

Al principio me costó creer que había venido a mi cita, un simple pastor, pero efectivamente era él.

En persona. Venía con una camiseta sin mangas, sin capucha y en pantalón corto.

- ¡Hola! Perdona el retraso -me dijo.

- ¡Hola! -saludé con mucho entusiasmo, casi tenía ganas de abrazarlo.

- ¿Y las ovejas? Se te van a escapar todas -me dijo mirando el rebaño que se había quedado en lo alto de la loma.

-No te preocupes -le dije, al tiempo que clavaba mi palo de pastor en el suelo.

- ¿Para qué haces eso?

-Porque las ovejas van donde va el palo, me lo enseñó mi padre. Dentro de un rato están aquí todas, ya verás.

- ¿Y no se te escapan?

-No, Rex las vigila.

-Qué bien. Bueno empezamos el partido ¿no?
- me dijo sonriendo y enseñándome ya sabéis qué.

Se me había olvidado que no tenía balón, ahora que podía jugar con el mejor jugador del mundo, ahora que lo tenía aquí en persona y que podía medirme con él, se me olvida el balón.

-Es que no he traído... con los nervios... se me ha olvidado el... -le dije apesadumbrado.

-No importa, fabricaremos uno -me dijo él mostrándome una sonrisa como la de un niño.

Miró por los alrededores y encontró una pelotita de golf de color blanco, la cogió y me dijo: “Es para que pese”.

Luego amasó un montón de hojas y barro y empezó a redondearlo, haciéndolo cada vez más grande. Yo me senté a su lado sin dejar de mirarlo.

- ¿Quién te ha enseñado a hacer eso?

-En mi barrio éramos muy pobriños, no teníamos dinero para comprar balones de fútbol, teníamos que hacer bolas como ésta para poder jugar. ¿Tienes una bolsa de plástico?

-Sí, la del bocadillo la tengo en la mochila -le dije.

- ¿Me la prestas? -me dijo sonriendo.

-Claro, claro.

Envolvió toda la bola de hojas y barro en mi bolsa de plástico y con gran pericia le fue dando forma de balón. Se acercó hasta un pino que había allí cerca y con un palo sacó pegotes de resina, que los utilizó para pegar los bordes de la bolsa de plástico.

En menos de diez minutos había fabricado un balón, no muy redondo, pero un señor balón.

-Con esta pelota sí que soy el mejor del mundo -me dijo levantando el dedo índice.

- ¿Por qué...? -le pregunté.

-Porque he jugado días y días enteros con una bola como esta y no hay quién pueda conmigo. En la playa cuando era un niño me tiraba horas y horas y nadie podía con Ronaldiño. Mi madre tenía que ir a recogerme de noche y casi siempre me iba llorando.

-Bueno, entonces ¿por qué no juegas siempre con un balón como este?

-Tienes razón, es verdad -dijo él.

-Elige campo -le dije ceremonioso.

Dispusimos las porterías con palos y árboles, pero a Ronaldo no le gustó.

-Este tipo de fútbol hay que jugarlo descalzo y aquí no se puede -dijo mientras miraba entre la valla de alambres a la pradera del campo de golf.

Cogió con las dos manos la pelota de hojas y barro que con tanto afán había construido y me dijo que le siguiera. Llegamos a una puerta de acceso al campo que tenía un candado y desde allí llamó a un empleado que estaba limpiando el tupido césped.

Nos abrió. Dijo que era Ronaldo, amigo del dueño, guiñándome un ojo cuando el empleado se rasaba la cabeza dudando si nos tenía que dejar pasar. Finalmente entramos en el campo de golf (hay que ver lo que hace ser conocido), que era como una alfombra de terciopelo. Otra vez hicimos las porterías con mi palo de pastor y unos banderines.

Nos quitamos las Zapatillas (¡qué gusto pisar la hierba!) y comenzó el deseado partido, con Ronaldo en persona.

Nada más empezar quiso hacerme un caño (seguro que ya sabéis lo que es) pero le adiviné las intenciones y cerré las piernas. Me apoderé del amasijo de hojas envueltas en la bolsa de plástico, que rodaba a la perfección en tan inmejorable suelo, y le marqué un gol elevándome la pelota con el pie hasta la rodilla y luego hasta la cabeza.

El empleado que nos abrió estaba atento al disputado choque, me aplaudió con intensidad y empezó a animarme para que le ganara.

- *¡Venga, chaval, demuéstrale lo que vale la cantera!* me dijo mientras Ronaldo recogía el esférico apretando los labios, pero sin dejar de sonreír.

Lanzó la pelota hacia delante con su mano izquierda y con dos zancadas de esas que nadie puede alcanzar se presentó en mi portería en menos de dos

segundos. Yo no pude hacer nada, era Ronaldo en persona. Saqué e intenté hacer lo mismo.

-Por su derecha -me dijo el empleado -que es zurdo.

Pero nada, con un movimiento de su pierna izquierda (parecía un rayo) me quitó la pelota y desde el centro del campo disparó una chilena de espaldas a la portería que se coló mansamente por mi portería.

Era Ronaldo, en persona.

Así estuvimos jugando casi una hora hasta que ocurrió lo imprevisto. Un fotógrafo, que salió de entre unos arbustos, nos hizo una foto a los dos con las ovejas al fondo dentro del campo de golf (habían visto el palo de pastor dentro y el apetitoso césped del campo de golf y creían que tenían que seguirme).

El empleado se puso como loco tratando de que se marcharan fuera del campo, pero éstas se desparramaron por todo el recinto. ¡Cualquiera las hacía salir de allí!

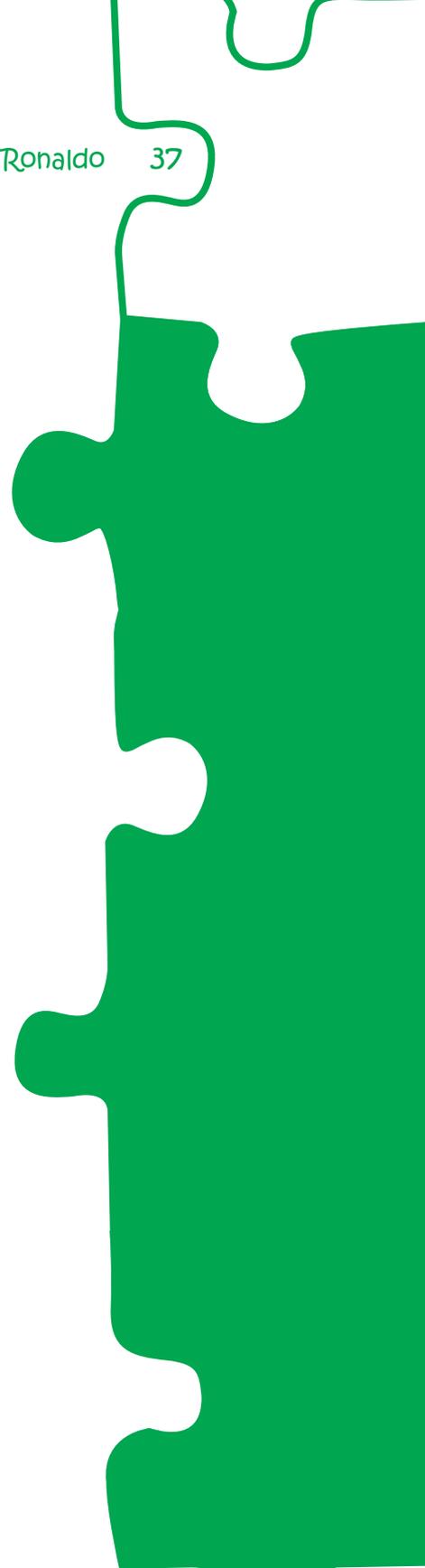
Ronaldo se fue corriendo porque no quería que se descubriese su retiro, hasta entonces secreto. Me dijo que le dejara mi dirección en el club de golf porque me iba a enviar un regalo.

-El balón me lo llevo de recuerdo ¿vale? -me dijo mientras corría lejos de los flashes del fotógrafo.

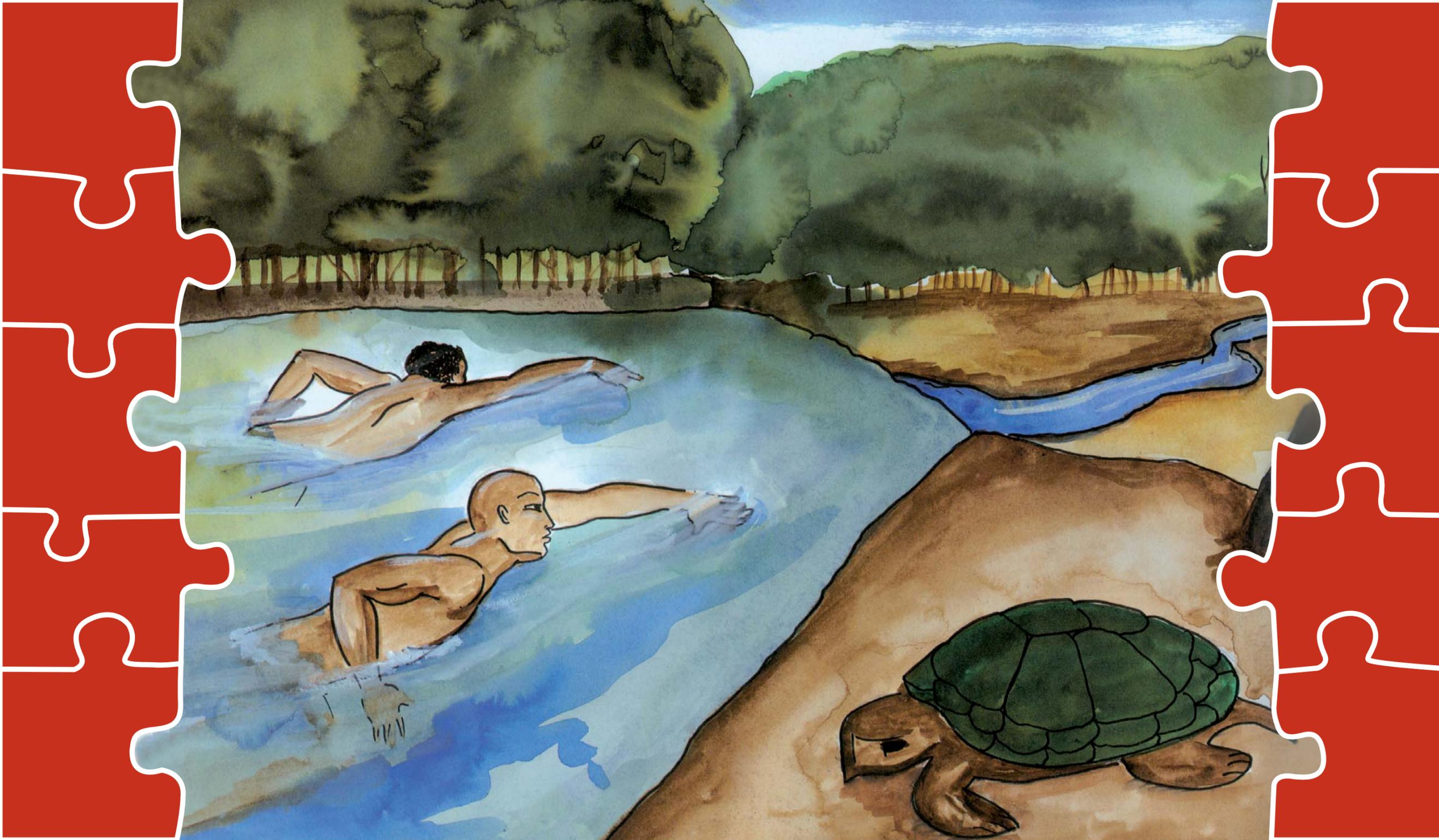
Casi todos los periódicos del país publicaron la foto, sin exagerar, creo que muchos periódicos del mundo. "Ronaldo, del que se decía que iba a retirarse, reaparece jugando con un pastor de ovejas".

Aquello fue muy sonado y desde entonces todo el mundo me conoce. Después de ese verano nos fuimos a Bilbao con mi padre. Nos pudimos llevar a Rex y yo pude seguir estudiando formación profesional, rama automoción.

Por las tardes voy a la escuela de fútbol de Lezama, juego en las categorías inferiores del Athletic de Bilbao y soy titular. Algunos dicen que soy bueno y todos me llaman el pastor que jugó con Ronaldo. En persona.



La Carrera
del siglo



La Carrera
del siglo

Capítulo I

El Amazonas es el río más grande del mundo, después del Nilo. Con todos sus afluentes mide más de 6.500 kilómetros, la distancia que hay de Roma a Nueva York. Allí, en plena selva amazónica, una tribu de indígenas organiza casi todos los años una peculiar carrera que consiste en atravesar este río a nado, que en esa época tiene una anchura aproximada de 7.000 metros. Además, tienen que correr una distancia de más de 5 kilómetros (por selva virgen) y traer de vuelta una *ninfeácea gigante*, que es una hoja de más de 2 metros de diámetro que sólo se encuentra en un lugar determinado.

El ganador tiene el privilegio de aspirar a conseguir un elevado cargo de jerarquía en la tribu. Su tradición se remonta a cientos de años y en ella han perecido muchos de los jóvenes que lo han intentado, dado lo peligroso del terreno.

Ese año competían cinco valientes guerreros, que convenientemente preparados y entrenados, se iban a enfrentar al reto de traer de vuelta tan influyente trofeo. Entre todos ellos había dos contendientes que destacaban sobre el resto de los participantes: Ketchúa, el hijo del jefe, y Beni, un fornido luchador que se crió sin padre al ser éste devorado por un puma cuando Beni era todavía un niño.

Tenían que ir tan sólo con un taparrabos y descalzos, además no podían utilizar armas de ningún tipo, ni ser ayudados por ninguna otra persona, dado que tienen la creencia de que su Dios ayudará al que

mejor esté preparado, sin apoyos externos (no podían hablar entre ellos).

La carrera dio comienzo a las ocho de la mañana con los cinco miembros preparados para afrontar todos los peligros que les esperaban. Los familiares despedían a los participantes con muestras de confianza y afecto. Algunas madres lloraban al despedir a sus hijos, de igual forma que lo hacen en cualquier civilización cuando éstos se van a realizar peligrosas misiones militares en el extranjero.

Esta prueba marca una línea de separación entre la niñez y la madurez y de su resultado depende la posterior vida que llevará el que participa en ella. Sobre todo si vence.

Cuando el jefe de la tribu dio la orden de salida no pudo contener un gesto de preocupación al mi-

rar por última vez a su hijo, que sonriente se zambulló en las tranquilas aguas del Amazonas. En esa estación del año este poderoso río no tiene excesivo caudal, transcurre a una velocidad máxima de 1 ó 2 kilómetros a la hora. Aunque sus aguas arcillosas y rojizas van cargadas de *humus*, que lo hace más denso y por lo tanto más difícil de atravesar.

Ketchúa iba el primero del grupo, con un estilo que recordaba al de braza. Ninguno de ellos metía la cabeza, ya que miraban a un enorme árbol seco, que se divisaba a lo lejos y que era el punto de inicio del camino hacia la plantación de árboles de tan peculiar hoja.

Sin distanciarse entre ellos llegaron a la mitad del trayecto, que era un pequeño atolón de arena que había en mitad del río y que servía de descanso a las tortugas *arraus*, una especie gigante que habita por esos parajes y que está en peligro de extinción debido

a la caza. Les aconsejaron que descansaran al llegar allí, y así lo hicieron todos menos Ketchúa, que tan sólo pasó por allí de pie, miró hacia atrás a sus rivales y prosiguió a nado hacia la orilla sin descansar ni un segundo.

Llevaban más de una hora de travesía y empezaban a notar el cansancio. Los cuatro estuvieron allí unos diez minutos en completo silencio, mirando las verdes aguas y la figura del hijo del jefe que se iba poco a poco alejando del arenal desde donde ellos estaban recuperando fuerzas.

Cuando Beni se lanzó al agua, el resto de la expedición le siguió de manera automática y empezaron a nadar sin perder de vista el gran árbol seco. En esta parte del río es frecuente ver el famoso pez *pirarucu*, que puede llegar a medir más de cuatro metros y medio y pesar más de cien kilos. Sin embargo, los peligrosos

eran los temidos *peces gato*, que aunque de tamaño más pequeño, algunos son carnívoros -las pirañas- y pueden devorar a una persona en menos de una hora.

También habita en esas aguas un mamífero, *la inia*, que es muy parecido al delfín y que suele jugar con los humanos que han tenido el privilegio de encontrarse con ellos.

Ketchúa llegó por fin a la orilla. Estaba exhausto y se tuvo que tumbar unos segundos en el fango de la orilla, muy cerca del árbol que le había servido de referencia. Contempló la elevada muralla de verdor que le separaba de su trofeo. Las lianas y colgaduras trenzaban el camino que tenía que seguir hasta lo alto de una loma -lugar donde estaba la *ninfeácea gigante* que se alzaba majestuosa a su vista. Miró también a sus compañeros de prueba, aún estaban muy alejados, les llevaba más de diez minutos. La victoria podía ser suya,

pensó. Se introdujo en la frondosa selva, con árboles de cien metros que crecen densamente cada 70 centímetros o menos (se han llegado a contar 3.000 especies en una superficie de 2 kilómetros cuadrados) y empezó a caminar apartando de su camino cientos de ramas que le impedían dar dos pasos seguidos.

Capítulo II

Cuando llegaron sus contrincantes tuvieron que tumbarse unos minutos para reponer fuerzas. Les esperaba un gigante jardín flotante que actuaba en forma de barrera casi impenetrable. Dos de ellos se adentraron rápido en la selva, siguieron el rastro de ramas cortadas y hojas pisadas que había ido dejando Ketchúa y a toda prisa iniciaron la incierta misión que les había llevado hasta allí. Ninguno habló en todo el trayecto, pero todos sentían el mismo vértigo de la emoción y el miedo, que sin querer, les producía congoja y desamparo en su interior. Seguían adelante porque sus antepasados habían logrado atravesar el mismo río y habían subi-

do a la misma montaña, aunque algunos no lograron superar la dura prueba.

Les advirtieron que tuvieran cuidado con una flor muy venenosa, *la curare*, que con el simple roce en la piel podría matarlos. La corona de árboles que les separaba de su meta se hacía cada vez más espesa, los insectos les picaban sin compasión en todo su cuerpo desnudo. Los *guacamayas* de color rojo y azul emitían continuos graznidos que se oían por toda la selva y de vez en cuando se oía pasar alguna manada de chimpancés por lo alto de los grandiosos árboles.

Los cinco guerreros luchaban contra una frontera de raíces, hojas y ramas que se les venía encima como si de una gran sábana verde se tratara.

Empezó a llover, casi en silencio, como llueve en los trópicos, pero al poco tiempo una imponente cortina

de agua se abalanzaba sobre la tierra con furia y obstinación. Dos de los contendientes volvieron al lugar de origen. Para su desesperación habían caminado en círculo y, aunque se adentraron otra vez a toda velocidad, sus posibilidades habían disminuido notablemente. Beni y Ketchúa tenían muy cerca su objetivo, podían incluso visualizar los árboles que albergaban tan distinguida hoja. El otro contendiente se había torcido un tobillo y trataba de paliar el dolor con hojas de sauce (que contienen sustancias con las que se elabora la aspirina) y lianas de morera, que utilizó en forma de venda.

Con posibilidades de ganar sólo quedaban dos rivales: Ketchúa y Beni. Llegaron casi a la vez a la trinchera que forman dos pequeños riachuelos que salen del suelo y que señala de forma inequívoca la docena de árboles de la gigantesca hoja. Se sitúan como en una isla, protegidos de los inciertos peligros (la temida hormiga roja, las termitas, pulgones, etc.) que les acechan.

Se miraron, sin decirse nada, casi simultáneamente iniciaron la ascensión hasta las ramas de uno de los árboles. Arrancaron una sola hoja cada uno, no querían dar facilidades a sus compañeros de prueba, y una vez en el suelo empezaron a doblarla meticulosamente, tal como les habían enseñado en su aldea. Después de que quedara reducida al tamaño de un libro, ambos iniciaron el camino de vuelta.

Llevaban más de cinco horas de dura pugna y ahora quedaba lo peor: el regreso, con el cansancio que les iba atrapando poco a poco, sin que se diesen cuenta.

Tenían que darse prisa porque si se les hacía de noche tendrían que pasarla en esa parte de la orilla y estar expuestos a picaduras de arañas o serpientes. Cada uno salió por un sitio. La bajada era, aparentemente, más sencilla, pero también más peligrosa por las

caídas y los tropiezos que conlleva lo accidentado y agreste del terreno.

Los otros tres miembros de la prueba aún no habían encontrado la arboleda. El más joven decidió seguir pese a la lesión de su tobillo y los otros dos estaban a punto de llegar a la cima de los árboles. Todos sabían que se arriesgaban a morir si se les hacía de noche. Miraban la posición del sol para que no les sorprendiera la oscuridad, que en la selva amazónica es aún más sombría.

Cuando Beni llegó al lodazal que indica el inicio del río, decidió pararse a descansar. Estaba agotado, no tenía fuerzas para seguir adelante. Sólo la idea de que otros miembros de la tribu hubieran realizado esa misma disputa religiosa y viril a la vez, le empujaba a seguir en la misma.

Cuando se incorporó para iniciar la marcha, vio pasar a Ketchúa por la orilla y zambullirse en el río sin descansar. Beni se aprovisionó del agua que se había quedado atrapada en algunas plantas y hojas, después de la incesante lluvia que había caído.

Muy despacio, haciendo acopio de fuerzas, se sumergió lentamente en el agua. Sintió frío y miedo al cubrirle todo su cuerpo el río, que como consecuencia de la torrencial lluvia bajaba más caudaloso. Se aseguró la preciada hoja en su taparrabos y empezó a nadar lentamente hacia el otro lado de la orilla. Allí impacientes algunos de los amigos y familiares se subieron a los árboles para tratar de localizar por dónde venían los componentes de la prueba.

Cuando no habían pasado más de quince minutos desde que Beni y Ketchúa iniciaron la travesía a nado, los otros tres rivales llegaron a la orilla del río.

Desde su situación podían observar por dónde iban los primeros clasificados, con Ketchúa ligeramente adelantado. Descansaron unos minutos y uno detrás de otro se adentraron en el río que les conduciría a la gloria y al prestigio del poder en la tribu.

Los cinco estaban de vuelta con la hoja y sumergidos en el río, a menos de dos horas a nado de conseguir su propósito.

Cuando ya había transcurrido más de una hora desde que se introdujeron de nuevo en el río, Ketchúa alcanzó las barrancadas de arena que sirven de refugio a las tortugas. Estaba agotado, no había realizado ningún descanso y se derrumbó en los atolontes, quedando tumbado y semiinconsciente en la fina arena, en medio del río. Unos instantes después llegó Beni, que contempló el estado de su rival -y a la vez amigo- y

su falta de fuerzas. Él también se tumbó y entre jadeos fue reponiéndose para afrontar el último trayecto.

Pero cuando Ketchúa se dio cuenta que Beni estaba a su lado, se puso de pie sin apenas fuerzas y se tiró al agua. Quizás más con impulsos de rabia y furia que con sus propias energías. No había descansado casi nada, pero el hecho de ser el hijo del jefe le imponía una actitud combativa y perseverante, seguramente más irracional que lógica, pero que sin duda le condicionó a la hora de planificar la prueba.

- ¡Descansa Ketchúa! No podrás atravesar el río en tu estado -le gritó Beni.

-No hables, no me puedes hablar. ¿Lo has olvidado? -le dijo Ketchúa con palabras que no se entendieron muy bien.

Beni esperó unos minutos, estaba muy fatigado también, pero había espaciado los reposos y no tenía el agotamiento extremo que sufría en esos momentos Ketchúa. Miró a los otros tres contendientes, que ya estaban muy cerca de las islas de arena que les servían de descanso y contempló también la posición de Ketchúa que aún estaba muy cerca y que apenas avanzaba en su vano intento de nadar deprisa.

Capítulo III

Beni se lanzó al agua, no estaba muy seguro de poder llegar, porque estaba al límite de sus fuerzas. Tenía las piernas temblorosas y la respiración entrecortada, pero aún así se zambulló en el río y comenzó el último y más peligroso tramo de la prueba.

Sin grandes problemas alcanzó la posición de Ketchúa, que apenas se movía. Cuando Beni pasó por su lado, éste hizo un desesperado intento por nadar deprisa y rápido, pero para lo único que sirvió fue para ahondar más en su agónica lucha y sucumbir ante el cansancio. Beni pasó de largo, pero no pudo reprimir, unos instantes después, mirar hacia atrás. Ketchúa ya no estaba, se lo

había tragado el agua. En una fracción de segundo pasaron cientos de ideas en su mente. Sabía que el ritual de la prueba prohibía la ayuda a los rivales y que sería desterrado a otra aldea si ayudaba a su amigo. Al tiempo sabía que sus fuerzas no estaban como para ayudar a nadie, pero sin pensárselo dos veces se sumergió en las turbias aguas y después de cuatro intentos agarró a su amigo, que nada más salir a la superficie empezó a toser.

-No quiero que me ayudes, déjame -dijo Ketchúa con un hilo de voz.

-Ponte de espaldas y mueve los pies -le dijo Beni enfadado.

Lo agarró por la mandíbula, le mantuvo la cara por encima de la superficie del agua colocándose él también boca arriba y moviendo el brazo que le quedaba libre con todo el vigor que pudo.

El primero en llegar a la orilla fue el que se había torcido el pie. La sustancia que había ingerido, hojas de sauce, había segregado ácido de sílice, actuando en forma de droga y disimulando el cansancio y el dolor momentáneamente. Lo necesario para llegar el primero y tomar posesión de su jerarquía. Aunque sólo por unas horas, ya que cayó en un profundo sueño -en Occidente lo llamamos estado de coma- del que no se pudo recuperar.

Ya casi de noche, cuando el sol había iniciado su crepúsculo, dos figuras humanas salieron reptando del agua, arrastrándose como si fuesen cocodrilos. Se paralizaron las celebraciones y el jefe de la tribu se apresuró a levantar del suelo a su hijo que tenía la mirada perdida y el cuerpo inerte, pero aún con vida. Beni logró ponerse de pie, sabía que tenía que irse de la aldea. Desde ese momento era un proscrito al haber incumplido las normas del ritual.

Tiró su hoja al suelo, la *ninfeácea gigante*, y se dirigió hacia donde estaba su madre que lo abrazó con fuerza.

El consejo de la tribu, formado por todos aquellos que habían ganado alguna vez la prueba, decidió perdonar a Beni proponiéndolo como miembro de ese mismo consejo al entender que había salvado una vida por encima de sus propios intereses. Cualidad que se empezó a valorar a partir de entonces, por encima de la ley de la selva.

Fernando,
el portero de
balonmano



Fernando,
el portero de
balonmano

Capítulo I

A esa hora entrenaban a balonmano en el pabellón cubierto municipal. Los dos estaban de pie, al lado de la puerta que da acceso a la pista polideportiva. La madre, algo nerviosa y vestida elegantemente, aparentaba cuarenta años y el hijo se aproximaba a los quince. No hablaban entre ellos, sólo esperaban al entrenador del equipo.

- *¿Desean hablar conmigo?* -dijo Carlos, un hombre con un chándal azul y de voz ronca de unos treinta y cinco años aproximadamente.

-Sí, venimos de parte de Antonio, el director de deportes -dijo la madre forzando una sonrisa.

- ¿En qué puedo ayudarles? -dijo Carlos.

La madre hizo un tímido gesto de presentación hacia su hijo con la mano y sacó de su bolso una tarjeta que entregó a Carlos. Era una tarjeta del director técnico de deportes. En el anverso, y escrito a mano, decía:

“Mete al chaval en el equipo, ya hablaremos”.

Carlos la leyó y preguntó:

- ¿Este es el chico a quien hay que meter en el equipo? -dijo confundido.

-Sí, se llama Fernando -dijo la madre, al tiempo que le dio un leve pero llamativo codazo a su hijo para que saludara al entrenador.

Fernando le saludó desganado y sin mirarlo a la cara. En ese instante Carlos pudo hacerse una idea precisa del tipo de persona que podía ser Fernando. Al despedirse la madre, y asegurándose de que su hijo no la oía, le dijo a Carlos algo nerviosa y dubitativa, que ella y su marido acababan de divorciarse y que su hijo estaba pasando un mal momento, a lo que éste sólo supo asentir con la cabeza.

Fernando y Carlos se quedaron a solas en el centro de la cancha mirando a un grupo de unos doce chicos que estaban entrenando. Se oía el ruido chirriante de las Zapatillas en el suelo y con cierta periodicidad el estruendo de balonazos en la pared y en unas

vallas publicitarias de chapa que estaban detrás de la portería.

- *¿Por qué quieres jugar al balonmano, Fernando?* -le dijo Carlos algo paternal al enterarse de su situación familiar.

- *Es por mi madre* -dijo Fernando con indiferencia y mirando hacia los lados.

- *¿Tu madre te ha obligado a que vengas a entrenar aquí con nosotros? No me lo puedo creer* -dijo Carlos iniciando el camino hacia la portería donde estaban entrenando los jugadores.

- *¿Y se puede saber por qué?* -le dijo otra vez dándose la vuelta y visiblemente molesto.

-Porque si no aguanto jugando una temporada al balonmano me tengo que ir a Irlanda a un internado de esos tan duros -dijo Fernando con apatía y sin reflejar sentimiento alguno en su rostro.

- ¿Y no has pensado que esto puede ser más duro que un internado de Irlanda? -dijo irónicamente Carlos.

Fernando se encogió de hombros y se dispuso a encender un cigarro. Carlos les mandó a sus jugadores que corrieran alrededor de la pista acompañado de unas cuantas palmadas para que se dieran prisa. Al darse la vuelta y mirar a Fernando comprobó que soltaba humo por la nariz y la boca de manera distraída. Los jugadores que estaban corriendo alrededor de la cancha no podían dejar de mirar al que iba a ser su nuevo compañero, que osadamente se permitía el lujo de fumar en medio del recinto deportivo.

- *¿Qué estás haciendo?* -dijo Carlos a voces y fuera de sí.

- *Yo, nada* -dijo Fernando esta vez algo asustado.

- *¡Apaga eso ahora mismo! Aquí no se permite fumar ¿no lo sabes?* -dijo Carlos señalando con el dedo índice de su mano derecha un cartel, de prohibido fumar.

Fernando tiró lo que quedaba de cigarro al suelo y con gestos de fastidio lo apagó con su pie girando su puntera varias veces.

- *¡No hagas eso, que estás quemando el suelo!* -dijo Carlos entre alaridos que se pudieron escuchar fuera del recinto del pabellón.

Fernando recogió la colilla del cigarro con el dedo pulgar y el dedo índice de su mano derecha y

comprobó que debajo de la misma quedaba una pequeña mancha naranja producto de la quemadura de su cigarro.

- Lo siento, no lo sabía -dijo Fernando.

El resto del equipo se había parado y contemplaba atónito la escena, guardando un sepulcral silencio, que era como le gustaba a Carlos que transcurrieran los entrenamientos. Fernando fue hasta la grada y allí tiró la colilla en una papelera que tenía pintado por fuera el escudo de la ciudad. Carlos dio instrucciones a sus jugadores para que realizaran diferentes ejercicios de estiramientos de hombros y piernas.

Capítulo II

Cuando comprobó que Fernando se había quedado sentado en uno de los asientos de la grada, movió hacia los lados la cabeza y esperó unos segundos para llamarlo. No quería dirigirse a él con ira o enfado.

- *¿Puedes venir? Por favor.*

- *¿A dónde?* -dijo Fernando poniéndose de pie.

- Aquí. Si no te importa, claro.

Carlos botaba con fuerza uno de los balones de entrenamiento. Tenía un color entre gris y blanco,

su tacto era rugoso y áspero y estaba completamente inflado, tanto que parecía ser de madera.

- *¡Toma!* -dijo pasándosela a Fernando dando antes un bote en el suelo.

Cuando Fernando fue a cogerla se le troncharon varios dedos, dada su inexperiencia, aún así consiguió atraparla con las dos manos.

- *¿Ves esa portería de ahí?* -dijo Carlos-. *Pues quiero que lances el balón para ver el estilo, me da igual que sea un tiro de caderas o de hombro...*

Antes de que terminara de hablar, Fernando lanzó la pelota con las dos manos como si fuese una piedra pesada. Ésta entró mansamente en la portería después de dar más de seis botes en el suelo. Los componentes del equipo no pudieron evitar dejar escapar

las risas, que entrecortadas con la respiración, se hicieron notar en todo el pabellón.

- *¿Y a vosotros qué os pasa, eh? Contraataques con defensas 2 x 3. Al primero que se ría lo pongo a hacer flexiones* -dijo Carlos muy enfadado.

Llamó a Fernando y le dijo que si antes había jugado al balonmano, éste le dijo que no, lo que provocó que Carlos abandonase precipitadamente el entrenamiento y se fuera a hablar con el que le había recomendado para que entrara en el equipo, que no era otro que su jefe, el director técnico.

- *¿Se puede?* -dijo Carlos llamando a la puerta del despacho.

-*Sí, pasa* -dijo Antonio, el director técnico.

-Venía a que me explicases lo del chaval ese que tengo que meter en el equipo.

-Sí. Es un favor que me tienes que hacer, su padre era un buen amigo mío y su hijo tiene graves problemas de comunicación. Además su madre se acaba de separar y lo está pasando muy mal.

- ¿Y desde cuándo me dedico a ser psicólogo o asistente social? Yo soy entrenador de balonmano y no puedo... -dijo Carlos, siendo interrumpido por Antonio, su jefe.

- ¿Y qué quieres, que lo lleven a un psiquiatra y lo atiborren a pastillas? ¿Quieres que lo tengan todo el día hecho un zombi? -dijo Antonio muy serio.

-Bueno, ¿pero, yo, qué quieres que haga?

-Ayúdale. Échale una mano, a ver si entre todos...

-Mira, creo que no es una buena idea, yo no sirvo para esas cosas. Además, este año queremos llegar a lo más alto, no puedo estar atendiendo a nadie, los chavales se distraen - dijo Carlos.

- ¿Sabes quién era su padre? -dijo Antonio, el director técnico?

-No. No tengo ni idea.

-Pedralves, el portero internacional.

- ¿Pero no se mató en accidente de coche hace mucho? -dijo un consternado Carlos.

-Sí, cuando su mujer estaba esperando un hijo.

- ¿Es Fernando? No sabía nada.

-Su madre se casó después y ha tenido muchos problemas. Creo que se merece que le echen una mano.

-Está bien, haré lo que pueda -dijo Carlos pensativo.

Durante varias semanas Fernando acudió al entrenamiento del equipo de balonmano del Patronato Municipal, que era uno de los mejores equipos de la fase autonómica. Este año luchaban por ganar el campeonato. Al principio no se integró con el resto de jugadores, que lo desdeñaba porque se mostraba torpe y negado con el manejo del balón.

Su apatía le venía desde muy lejos. De pequeño no había hecho deporte y su físico no era el más

apropiado para un jugador de balonmano. Aunque no estaba obeso, tenía barriga. Su cara, algo rechoncha, dejaba entrever una musculatura física fofa y blanda, que no estaba entrenada. Después de varias sesiones, en las que sudaba abundantemente, fue cambiando poco a poco su estado de forma produciéndose una pequeña renovación biológica.

Las cargas de entrenamiento que impartía Carlos tenían el objetivo de trabajar la fuerza, la resistencia, la velocidad y la agilidad. Cualidades en las que destacaban todos los jugadores, menos Fernando, que se quedaba siempre atrás y con grandes dificultades para seguir el ritmo de entrenamiento.

Cuando explicaban tácticas, Fernando no entendía prácticamente nada, sólo diferenciaba el ataque de la defensa y algún que otro concepto, que no podía aplicar nunca en el juego.

Después de valorar las cualidades físicas y técnicas de Fernando, Carlos decidió que sería el tercer portero del equipo. No es que tuviese cualidades para ese puesto, pero albergaba la esperanza de que la herencia genética de su padre apareciese por algún sitio.



Capítulo III

Mientras tanto Fernando asistía los sábados a los partidos vestido de calle observando los detalles técnicos y tácticos de los jugadores. Observaba, sobre todo, los gestos de los porteros para aprender la que, en teoría, era su demarcación. Los familiares y las novias de los jugadores animaban a éstos enfervorcidamente, mientras él se sentaba en un rincón aparentando no sentir nada.

Cuando acababan los entrenamientos, pasadas las nueve de la noche, miraba los coches de los padres de sus compañeros esperándolos para llevárselos a casa. A él nadie podía ir a recogerlo,

con su padrastro no se llevó nunca bien y su madre había empezado a trabajar limpiando oficinas por la noche.

Cada vez se sentía más aislado en el equipo, pese a los esfuerzos de Carlos por integrarlo en el mismo. Era el enchufado, el inútil y el que nadie quería como pareja para hacer los ejercicios.

Una noche cuando llegó a su nueva casa -se acababan de mudar- abrió una caja con fotos antiguas y recortes de periódicos viejos. Eran de su padre, al que nunca conoció, cuando era una gran figura internacional del balonmano en los años 70. Hasta ahora nunca se había interesado en conocer nada de éste, sabía que fue alguien importante, pero nada más. Miró una por una sus fotos haciendo paradas y recibiendo enormes copas que sostenía con sus guantes.

Cuando llegó su madre se lo encontró dormido entre las imágenes de su padre. Lo despertó y le preguntó el por qué de su interés por esas fotos.

-A mi padre todo el mundo lo quería. A mí me desprecian y me ignoran -dijo sin haberse despertado del todo.

-Tu padre tuvo que luchar mucho para ser el que fue. Al principio también lo desdeñaban, pero supo hacerse respetar y se hizo fuerte como una roca -le dijo la madre abrazándolo.

-Pero a mí nadie me respeta, soy muy torpe y estoy casi siempre en el suelo.

-No te creas peor que nadie, hijo. Sabiendo de quién eres hijo puedes llegar donde quieras, no te dejes

*avasallar. Pelea duro y entrégate en los entrenamientos
-le dijo su madre.*

-Estoy harto, no quiero seguir en el equipo.

-Está bien, pero al menos termina esta temporada. Lo único que te pido es que lo intentes, no seas de esas personas que se derrumban por un soplo de aire, no permitas que te lleve el viento sin haber luchado.

Al acabar las clases y antes de ir a comer, Fernando se quedaba a solas en el pequeño gimnasio del instituto. Se colocaba a dos metros de la pared y tiraba con todas sus fuerzas el balón contra ésta, que salía fuertemente rebotado; Fernando lo despejaba con cualquier parte de su cuerpo. Al principio tenía miedo, dada la fuerza con la que salía despedido el balón de la pared, pero poco a poco fue perdiendo ese miedo y

enfrentándose con reflejos a sus propios disparos. Antes de acostarse hacía doscientas abdominales y desde la cama saltaba con las piernas y los brazos abiertos, como había visto en las viejas fotos a su padre.

Pero la temporada avanzaba y nunca iba convocado a los partidos, ni siquiera en los partidos de los entrenamientos contaban con él. Carlos le preguntaba de vez en cuando si estaba bien, pero fueron olvidándose de él debido a la trascendencia de los encuentros, que cada vez se hacían más importantes porque iban los primeros del campeonato.

El partido más importante del año fueron a jugarlo a la capital. En él se decidía el pase a la final. El primer portero del equipo llamó por teléfono en el último momento para decir que no podía ir. Tenía varicela.

Carlos llamó a Fernando, no sin antes advertirle que no se hiciera ilusiones, porque era casi seguro que no iba a poder jugar ni un solo minuto. Aún así se vistió rápidamente y fue hasta el autobús con la emoción contenida.

El partido contra el equipo de la capital se presentaba difícil y duro. El que ganara representaría a la Comunidad Autónoma en el campeonato nacional. El árbitro que dirigía el partido advirtió a los capitanes que no iba a permitir el juego sucio y la violencia por muy importante que fuese lo que se jugasen.

Y cumplió con su palabra. Al iniciarse el partido, un defensa del equipo visitante agarró indebidamente a un atacante.

Dos minutos de expulsión.

Los jugadores y Carlos protestaron la acción severa del árbitro, que no dudó en advertirles para que se comportaran de acuerdo a las normas. En el minuto cuatro perdían por cinco a uno, Carlos estaba desesperado, sus jugadores estaban agarrotados y no sabían lo que tenían que hacer con el balón. Llegaron al descanso del partido y todos los jugadores se reunieron en el vestuario en torno a Carlos que con una retórica apasionada les trataba de convencer de sus propias posibilidades.

Todos menos Fernando, que se sentó en un lateral del vestuario con unos enormes guantes blancos, lejos del grupo. Miraba al vacío, pensaba en la de veces que su padre habría vivido momentos de tensión como los que estaban viviendo sus compañeros. En el fondo le dolía no poder estar allí compartiendo la incertidumbre de un resultado hasta ahora negativo, que por momentos se volvía trascendental para sus vidas.

Capítulo IV

La segunda parte empezó muy bien para los del equipo de Tudela. Atacaron con convicción, moviendo el balón hacia las bandas. Lograron empatar el partido a doce goles y todo parecía indicar que podían conseguir un buen resultado para el partido de vuelta.

Pero ocurrió lo imprevisto, el joven portero visitante se golpeó contra uno de los postes al despejar un lanzamiento de un atacante y se tuvo que retirar unos instantes. Carlos miró hacia su banquillo y se dio cuenta del inmenso problema que tenía. El portero reserva era Fernando, que no contaba con ninguna experiencia porque no había jugado ni un solo minuto.

Fernando miró a Carlos y pudo entrever toda la preocupación que éste sentía por dentro.

Salió a la cancha tranquilo, le dieron el balón para sacar de portería y cuando se disponía a pasárselo a su compañero para iniciar el ataque, apareció un jugador rival y les robó el balón, que de un certero disparo lo introdujo en la portería. Carlos se desesperó, le dijo al portero titular que tenía que salir como fuese, éste mareado y confuso sustituyó a Fernando, que cabizbajo y serio abandonó la portería.

En el ataque siguiente marcaron de nuevo los jugadores de Carlos y volvieron a empatar el partido. Los de la capital avanzaron con lentitud, llevaron el balón hacia las bandas, desde donde un desgarrado lateral saltó por encima de la defensa y lanzó un potente cañonazo que fue a parar a la cara del portero del equipo contrario, que aunque logró parar el disparo

cayó al suelo de manera estrepitosa. Además, el arbitro decretó penalti, al considerar que el atacante había sido empujado en el aire cuando disparaba.

De nuevo Fernando, ante el estado del portero titular, se encaminó hacia la portería. Esta vez para intentar detener un penalti.

El ejecutante escondía el balón detrás de su cuerpo con las dos manos, mirando fijamente a Fernando, que se había colocado en el límite de la raya permitida para los porteros.

Carlos cerró los ojos, no quería ver un nuevo gol en contra. Miró a Fernando, que adoptó una postura similar a la que había visto a su padre en las viejas y amarillentas fotografías: los brazos abiertos y en cruz y las piernas juntas preparadas para saltar. El delantero ya había escuchado el pitido del árbitro para

que ejecutara el penalti. Esperó unos instantes, que a Fernando le parecieran horas. Movi6 su cuerpo hacia delante, inclinándolo y apoyándose en una sola pierna para aprovechar el desequilibrio y hacer que el portero saltara para que pudiera lanzar el balón con garantías suficientes de encontrar un hueco en el que dirigir el esférico directo a la red de la portería sin que el portero lo desviase de la trayectoria precisa, ya que, si hubiera saltado, hubiera iniciado la bajada del mismo y abriría los cómodos huecos por los que es más fácil hacer gol. Pero Fernando no se movió.

Aguantó con el cuerpo quieto y fijo en el suelo y cuando la mano derecha del delantero asomó con el balón para hacer el gesto de lanzamiento con fuerza y con rapidez, Fernando inició la fase ascendente y con su mano izquierda logró desviar la concluyente dirección del disparo del astuto delantero que se quedó inmóvil un instante ante la parada de

Fernando -su movimiento inicial solía engañar a todos los porteros- que le había aguantado sin saltar ni un centímetro.

Los componentes del equipo visitante fueron a felicitar a Fernando, que no pudo evitar una sonrisa. Carlos levantó el dedo pulgar en señal de felicitación, pero le indicó que iba a ser sustituido en cuanto el portero titular estuviese recuperado.

En el siguiente ataque del equipo de la capital, un jugador disparó desde lejos hacia la escuadra, lo que parecía ser un gol seguro, dada la maraña de jugadores que se interponía entre el balón y el portero, pero Fernando lo desvió con la punta de los dedos, lo justo para que fuera repelido por el poste y fuese a parar a un defensa, que rápidamente inició el contrataque que culminó en gol por medio de una preciosa Vaselina.

El equipo de Fernando se puso por delante:
14-15.

Carlos le preguntó al portero titular si se encontraba bien para salir al partido. Éste dijo un sí, que sonó a un no.

Aún así Fernando fue sustituido y felicitado por todos sus compañeros al sentarse en el banquillo. Estaba muy contento, por primera vez se sentía valorado. Hasta Carlos le dio una palmada en la espalda.

El equipo de la Capital atacó de nuevo, sólo quedaban cincuenta segundos. Quedaba tiempo para un ataque, en el cual si lograban marcar empatarían el partido, lo que daría lugar a una prórroga porque la eliminatoria no permitía el empate.

Avanzaron muy tranquilos hacia la portería de los visitantes. Pasaron varias veces el balón entre los jugadores, tratando de que no les pitasen *pasivo*. Cuando quedaban veinte segundos, el entrenador del equipo de la Capital ordenó a sus jugadores que tirasen inmediatamente. Carlos les indicó a los suyos que levantarán los brazos y que no les dejaran acercarse al área. El árbitro sancionó a los visitantes con varios *golpes francos*. Cuando quedaban cuatro segundos, un jugador del equipo de Pamplona se introdujo por el centro del área, logró zafarse de los brazos de los defensores y cuando iba a tirar a portería cayó en el área.

El árbitro pitó penalti.

Quedaba un segundo para que acabara el partido. Si lograba transformar la falta máxima, empatarían y tendrían que jugar cinco minutos más. En ese instante Carlos miró a Fernando que estaba tran-

quilamente sentado en el banquillo ajeno a la tensión del partido. Miraba sus guantes sin alterarse lo más mínimo.

El especialista en tirar penaltis se acercó a la línea de tiro con el balón entre las dos manos.

Carlos pidió tiempo muerto.

Llamó a Fernando y lo miró a la cara. Mantuvieron una mirada intensa durante al menos diez segundos tratando de averiguar algo que ambos desconocían, pero que buscaban conocer. Quizás fijándose en lo que no ven las apariencias más allá de los gestos. Carlos quería saber si Fernando podía parar o no la pena máxima. Se arriesgó.

- ¡Sal y para el penalti! Como lo haría tu padre.

Fernando recibió la orden como un mensaje del más allá. No sintió los calurosos ánimos en forma de palmadas que le dieron sus compañeros, ni siquiera el abrazo que en medio de la cancha le dio el hasta entonces portero titular. Ni los gritos del público -a favor y en contra- que desde la grada se hacían por momentos ensordecedores.

Clavó su mirada en el jugador que se disponía a lanzar el penalti -el mismo que con anterioridad no había podido engañarlo-. Ambos sabían lo que se jugaban.

El árbitro se situó en un lateral y colocó en su boca el silbato para dar la orden de ejecutar el castigo. El público se quedó en silencio.

Los dos estaban solos ante el emocionante desenlace de un partido intenso y vibrante. Cuando

sonó el silbato, los dos jugadores -portero y delantero- tensaron sus músculos y respiraron profundamente. El ejecutante cerró por un instante los ojos, dudaba entre hacer el engaño o no. Hasta ahora le había dado buenos resultados.

Observó la portería y a un adelantado Fernando que le tapaba los ángulos, aparentemente relajado y sin que la tensión del momento se reflejara en su rostro.

El delantero agarró el balón con sus dos manos, esta vez delante del cuerpo, enseñándose al portero. Miró hacia los lados, como hacen los lanzadores de béisbol, segundos antes de lanzar la pelota, para que no le adivinen la trayectoria de la misma. Dio un paso hacia atrás -realizando un buen gesto técnico- y agarró con la mano diestra el balón, llevando el brazo también hacia atrás para coger potencia en un preciso giro de caderas que tantas veces habían ensayado en los entrenamientos.

Fernando levantó hacia arriba los brazos intuendo que el disparo iría en esa dirección, dado que estaba demasiado adelantado y que el delantero se apercibiría de esa pequeña ventaja -o punto débil- que el portero, buscando engañar al *engañador* le había puesto como cebo para que dirigiera la trayectoria por esa dirección y sin más, desviar el balón lejos de las redes de la portería.

Pero el delantero o ejecutante se apercibió de esa trampa y lanzó el balón a la altura de las piernas del portero, dando antes un peligroso bote en el suelo, a escasos centímetros de los pies de Fernando. Un bote traidor y pícaro, que en muchas ocasiones no puede ser desviado por el portero porque al golpear en el suelo adquiere aún mayor velocidad y sale aún con más fuerza haciendo inútil cualquier movimiento por pararlo o desviarlo.

Fernando se dio cuenta de la trayectoria del balón cuando éste ya había salido de la mano del delantero, que al coger tanto impulso se cayó al suelo del área pequeña de la portería. Desde allí siguió la suerte de su disparo.

Botó con gran potencia. Fernando tuvo que rectificar su posición en milésimas de segundo. Se agachó en el efímero instante en que el balón iniciaba la trayectoria ascendente, colocando el brazo pegado a su cuerpo para detener el, hasta el momento, sutil disparo del delantero.

El balón quedó atrapado en el cuerpo de Fernando, que lo agarró con las dos manos y lo lanzó hacia la portería contraria, que estaba vacía.

Salió fuera.

Ainhoa,
la chica que
no sabía nadar



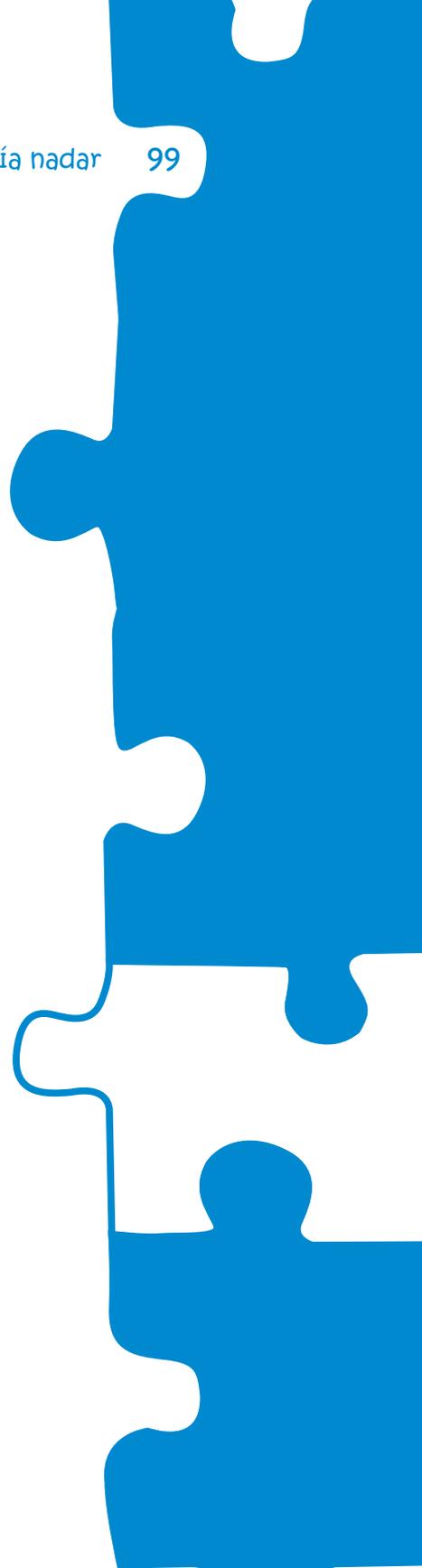
Ainhoa,
la chica que
no sabía nadar

Capítulo I

27 – junio

Querido diario, hoy es uno de los días más felices de mi vida, me han dicho que me voy de vacaciones en agosto con mis primos a Cartagena. Allí tengo un montón de amigos y el verano pasado me lo pasé fenomenal.

Además, me han dado las notas y tengo todos P.A. y a mi madre le han dicho que soy la segunda mejor de la clase. El primero es el empollón de Ernesto, que es un pelota.



28 – junio

Mi perrita está enferma, la hemos tenido que llevar al veterinario. Allí nos encontramos con Claudia, una compañera de clase que había llevado a su gatita, que estaba también pachucha. Estuvimos en la sala de espera más de media hora, yo me lo pasé fenomenal co-tilleando cosas de chicos. Pero me asalta un temor.

Estuve escuchando parte de la conversación que mantenían mi madre y la madre de Claudia.

Estuvieron hablando de unos cursos de natación a los que asiste mi compañera. Mi madre dijo que se iba a informar. Y todo porque no sé nadar. ¡Cielos!

29 – junio

Sé que voy a morir pronto. A tí te lo puedo decir, querido diario, después de nueve años de existencia feliz con mis padres y mi hermana pequeña, mis días de felicidad han acabado para siempre. Espero que mis padres se sientan culpables al leer estas líneas y que lloren amargamente mi ausencia. Han decidido apuntarme a un cursillo de natación para, según ellos, aprender a nadar.

¡Con el miedo que le tengo al agua!

30 – junio

Hoy me he negado a comer (bueno, casi) y he estado todo el día enfadada. Mi madre ha insistido en ir a comprarme un bañador y un gorro, pero me he negado en rotundo. Querido diario, no sé si mañana po-

dré contarte más cosas, me da mucha pena abandonar este mundo y morir en una piscina llena de niños sin que nadie repare en que me estoy ahogando sin remedio. Voy a dejar mi habitación colocada para que luego no piensen que la tenía siempre desordenada, como le gusta decir a mi madre. Tengo mucho miedo de morir entre litros y litros de agua por todas partes.

1 – julio

Mis temores se han confirmado, querido diario, aunque me he negado a pasar a la piscina cubierta, que es donde se dan los cursillos, me han agarrado entre dos monitores y me han transportado por el aire hasta donde estaban los demás niños. Me han sentado y he llorado amargamente. ¡Nadie me hacía caso!

Luego, me han puesto en el bordillo de la piscina y me han hecho mover los pies en el agua hasta el

agotamiento total de mis pobres piernas. Nos han puesto unos manguitos y nos han dicho que nos metamos en el agua (yo no me he soltado del bordillo). Mi profesor se llama Eugenio y es un chillón.

2 – julio

He pasado el miedo de mi vida, he visto la muerte muy cerca. Querido diario, estoy escribiendo las últimas letras. Hoy Eugenio nos ha dicho que metamos la cabeza en el agua y soltemos el aire por la nariz dentro del agua! He tragado miles y miles de litros de agua y he salido corriendo hacia el vestuario en mitad de la clase. Me han vuelto a coger dos monitores cuando ya estaba a punto de conseguir mi propósito y abandonar la piscina para siempre jamás.

Me han llevado otra vez con Eugenio y se ha puesto furioso conmigo. Después, me ha lanzado a la

piscina y me he visto allí sola rodeada de agua y de un montón de niños y niñas que me miraban como un bicho raro. Casi me muero del susto.

3 – julio

Hoy es sábado y no hay clases de natación. Me he propuesto convencer a mi madre para que no vaya más al dichoso cursillo. He recogido mi ropa y toda mi habitación, la he ayudado a retirar la mesa y cada vez que paso por su lado la asedio a besos y abrazos. Después he llevado a mi padre sus Zapatillas y le he preguntado por su trabajo (siempre tan cansado el pobre).

Mañana domingo, en el desayuno, explicaré todas las torturas a las que me someten en la piscina y con otros argumentos dejaré que sean ellos los que me aconsejen para que no asista más a tan horrendo

sitio. Tengo la esperanza de que se den cuenta de que corren el riesgo de quedarse sin su pobre hijita.

4 – julio

Hoy mientras estábamos preparando el desayuno mi madre me ha preguntado por los cursos de natación y yo he dejado entrever unos pucheros para ver si se ablandaba. Pero ni por esas, me ha dicho que le han comentado otras madres que mi profesor es muy bueno y que en quince días sabré nadar. En mitad del desayuno he llorado para enternecer a mi padre -a mi madre no hay quién la conmueva- y me ha cogido entre sus brazos, me ha dado dos besos y cuando yo creía que me iba a decir que no hacía falta que fuese más a los cursillos, me ha soltado el rollo ese de que es por mi bien. De mayor los meteré en un asilo y les diré lo mismo:

- ¡Es por vuestro bien!, ya veréis que bien vais a estar aquí, tenéis todo lo que necesitáis.

Mañana lunes cuando me despierten les diré que me duele mucho la barriga y que no puedo ir a natación. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

5 – julio

Hoy he estado al borde de la muerte más oscura y negra. Eugenio me ha puesto dos manguitos de esos que se ponen en los brazos, se ha metido conmigo en lo hondo y me ha dejado allí solita. Querido diario, he pasado el miedo de mi vida, todos los que pasaban cerca de mí me salpicaban agua y me empujaban. Yo he pedido socorro varias veces y mi profesor me respondía que moviese los pies y las manos. Se han reído de mí y se lo he contado a mi madre a la salida, que encima se ha alegrado de que me meta ya en lo hondo.

Lo del dolor de barriga no funcionó, tendré que recurrir a otra estrategia.

6 – julio

Querido diario, hoy no puedo contarte mucho porque estoy muy cansada. Eugenio me ha obligado a coger una tabla azul, enorme y gigantesca para que salpicara agua con los pies idurante tres largos! Y no paraba de decir:

- ¡Suéltate del bordillo, suéltate del bordillo!

Y luego cuando mis pobres piernas apenas podían dar dos pasos seguidos, me ha puesto boca arriba y me ha llevado con un gancho de la cabeza. Mañana buscaré el número de teléfono de malos tratos a los niños.

Me van a oír.

7 – julio

Hoy nos han sacado a la piscina de verano. Desde una grada un montón de personas, entre ellas mi madre y mi hermana pequeña, nos miraban como si fuésemos del circo o extraterrestres con gorro. Todos mis compañeros de grupo empiezan a soltarse del bordillo pero yo no puedo, es superior a mis fuerzas, creo que si me suelto me hundiré en las profundidades del fondo marino. Y además de espaldas, con el dichoso gancho agarrado a mi nuca, trago un montón de agua.

Hoy Eugenio, el chillón de mi profe, lo ha vuelto a hacer: me ha cogido de los sobaquillos y me ha lanzado al medio del océano de la piscina, pero para su fastidio hoy ni he llorado ni he chillado.

8 – julio

Querido diario, mis fuerzas van menguando, cada vez estoy más débil. Y todo por el Eugenio ese que nos mete unas palizas a nadar de aquí te espero, piscina arriba y piscina abajo. Eso sí yo no me quito los manguitos ni para ir a mear, que como te descuides te lanza como si fueses un saco de alfalfa al medio de la piscina a kilómetros y kilómetros del bordillo.

Acabo cansadísima, sólo tengo fuerza para sentarme y ver la tele.

¡Qué semana señor, qué semana!

9 – julio

Por fin es viernes, querido diario. Mañana no tendré que oír los gritos de Eugenio (debe acabar ron-

co) y los miles de litros de agua que trago en la repelente piscina a la que voy. Mañana me han dicho que nos llevan al parque de atracciones, pero yo no pienso montar en ningún cacharro que tenga agua. No pienso beber más agua nunca, beberé coca-cola o leche, pero el agua ni probarla. ¡Odio el agua!

P.D. ¿Alguien piensa de verdad que a mis años voy a aprender a nadar?

10 – julio

Querido diario, son más de las doce de la noche, acabo de venir del parque de atracciones y me lo he pasado guay. Vengo un poco mareada porque he montado en todos los cachivaches. El mejor es ese que te quedas boca abajo y se te ponen los pelos del revés. No me pienso quitar la calcomanía hasta el lunes para darles envidia a todos los de la piscina. Incluido Eugenio.

11 – julio

Hoy domingo ha sido un día un poco rollo. Estoy un poco cansada y para colmo hemos ido a la piscina municipal con mis primos y mis tíos. Todos diciéndome que les enseñara lo que he aprendido en el cursillo. Pero yo no les he prestado atención, me he metido en la parte que me llega por las rodillas y he estado jugando con mis primas pequeñas sin hacerles ni caso. Luego mi padre ha insistido mucho para que me metiera con él en lo hondo, “yo te llevo mi niña” me decía, pero yo sin manguitos no me meto en lo hondo ni aunque me paguen.

¡Mañana lunes otra vez a la maldita natación!

12 – julio

Hoy nada más llegar a natación Eugenio se me ha acercado y me ha dicho que qué tal estaba. Quiso

hacerse el tierno conmigo, pero yo ya conozco a éste y sé que como me descuide voy de cabeza a la piscina. Me ha quitado un manguito y me ha dicho que sólo puedo agarrarme tres veces en cada largo. Yo no le he hecho caso y me ido agarrando todas las veces. Luego de espaldas me ha quitado los manguitos y me ha dicho que me agarre a la tabla pegándomela al ombligo. Me ha llevado con el gancho y cuando me he descuidado, ¡zas!, el gancho ya no lo tenía en mi nuca, me ha dejado flotar solita y a la deriva en el agua.

¡No me volveré a fiar de los hombres, todos son iguales!

13 – julio

Me han dicho que sólo faltan quince días para que nos vayamos de vacaciones. Hoy he salido un poco desmoralizada porque todos mis compañeros de

cursillo son unos pelotas y ya saben nadar sin manguitos. En el grupo sólo quedamos un chico muy delgadito y yo con manguitos, aunque él lleva todavía dos y yo sólo uno.

Estoy un poco “*depre*”, querido diario, creo que nunca aprenderé y eso que mi profe pone interés, pero es que me da tanto miedo. Mi madre me ha dicho que si no aprendo en este mes me apuntará todo el invierno, hasta que aprenda. ¡Qué horror!

14 – julio

Hoy he decidido que voy a soltarme en el agua, aunque me cueste la vida. Casi todos mis compañeros se tiran de cabeza y salen nadando como pececillos de colores (hasta se ríen y todo) y el chico delgadito de los dos manguitos y yo no nos tiramos ni de pie.

Ya no me agoto tanto, ni siquiera me agarro como antes, pero me da pánico pensar que pueda estar en la inmensidad del mar sin nada a que agarrarme si me canso.

Boca arriba ya sé un poco sola, pero necesito saber que está cerca el bordillo. Mañana le diré a Eugenio que se fije bien en mí porque voy a tirarme sin manguito. Deséame suerte querido diario.

15 – julio

Hoy que iba decidida a arriesgar mi vida sin preocuparme de lo que podía pasar después, no viene Eugenio. En su lugar ha venido una chica que no nos ha prestado atención. Le he dicho que me iba a quitar el manguito y me ha dicho que no, que mejor cuando venga Eugenio, porque ella no sabe si estoy preparada para nadar sin manguito.

Luego nos ha dado recreo en la piscina de los pequeños, que me llega por el ombligo y nos ha dicho que podemos hacer lo que queramos. Yo he estado jugando a pasar por debajo de las piernas de mi compañera, que se llama Paula y que sabe nadar. Estoy deseando que venga Eugenio porque creo que ya sé nadar, cuando venga mañana le voy a hacer una demostración que se va a quedar alucinado.

16 – julio

Querido diario, hoy tampoco ha venido Eugenio y no he podido nadar sin manguito en lo hondo. Nos han hecho nadar con tabla y enseguida otra vez a la de los pequeños.

Allí ya sé tirarme de pie y nadar de espaldas y boca abajo, además ya no trago tanta agua. Me lo he pasado fenomenal, hemos jugado un partido de water-

polo contra los de otro grupo y he metido un gol, claro, que hemos perdido porque los del otro grupo eran mayores.

Mi hermanita está un poco mala del estómago porque como es pequeña, no hace más que llevarse las cosas a la boca. Cuando se ponga buena le voy a enseñar a nadar para que cuando vaya a los cursillos ya sepa.

17 – julio

Hoy es sábado y hasta el lunes no hay natación ¡qué rollo! Hemos ido de compras y me he comprado un bikini, pero mi madre me ha dicho que no puedo llevármelo a los cursillos porque es muy indecente.

Creo que a Eugenio le gustaría un montón, pero a lo peor no va el lunes porque sigue malo de la

garganta (como chilla tanto). Aunque parece muy fuerte, en el fondo es un debilucho.

Hemos comido en un *burguer* y mi hermanita ha vomitado todo y ha puesto perdida a mi madre. ¡Qué olor tan asqueroso!

18 – julio

Querido diario, hoy ha sido un día muy aburrido, no hemos podido salir porque mi hermanita sigue mala de la barriga. Yo he estado todo el día delante del ventilador (hace un calor insoportable) y me he quedado dormida después de comer. Menos mal que mañana voy a natación. Espero que venga Eugenio para hacerle una demostración.

19 – julio

Querido diario, desde el día de hoy se puede decir que sé nadar, me he tirado de pie y he salido sola. He nadado un rato boca abajo y no me he agarrado (bueno, una vez) y luego boca arriba con los brazos pegados al cuerpo casi sin agarrarme. He visto como Eugenio me ha dedicado una sonrisa y ¿sabes?, cada vez que sonrío se le forman dos hoyuelos en las mejillas. ¡Ah, y tiene los ojos azules!

Se lo he dicho a mi madre y se ha puesto tan contenta, porque la pobre estaba pasando una mala racha con lo de mi hermanita, todo el día cagando líquido de color marrón y verde y devolviendo.

20 – julio

Hoy he hecho *fligranas* en el agua, me he tirado desde lo alto del poyete -de pie, porque de cabeza me da todavía un *no sé que* en la zona más profunda. Luego Eugenio nos ha enseñado a nadar el estilo de braza que es como a perrito pero con las dos manos a la vez y metiendo la cabeza. A mí no se me da nada mal, aunque yo no me separo mucho del borde por si acaso. Mi hermanita ya está mejor, pero aún tiene que engordar un poco porque se ha quedado *escuchimizada*.

Querido diario, tengo que hacerte una confesión muy importante, cada vez me gusta más Eugenio, es tan guapo. Aunque no olvido ni por un momento que me tiró a lo hondo despiadadamente.

21 – Julio

Sólo me queda una semana para las vacaciones y mi madre ya está nerviosita perdida. Que si hace falta esto, lo otro y lo de más allá. Y mi padre que no meta mucho equipaje porque no cabe en el coche, etc. Lo de siempre. Querido diario, creo que yo también le gusto a Eugenio porque cada vez que salgo de la piscina y me voy a poner en la fila me dice que ya lo hago muy bien y me da una palmadita en la cabeza. Lástima que tengo el gorro. Hoy me ha enseñado a tirarme de cabeza y una de las veces he tocado el suelo de la piscina, en la parte más honda.

22 – julio

Hoy no he ido a natación porque hemos ido de compra a un gran centro comercial. Hemos llenado dos carritos y luego casi una hora en las colas para pagar

¡Qué rollo! Menos mal que luego hemos ido al cine a ver la película *Bichos*, que sí no.

He echado de menos la natación, creo que le voy a decir a mi madre que me apunte todo el invierno. Si me toca de profesor Eugenio, claro.

23 – julio

La cosa está que arde en casa, mi madre no hace más que decirme que vaya haciendo la maleta y que no ensucie mucha ropa. En natación le he pedido disculpas a Eugenio por no poder ir ayer, me ha dicho que no pasa nada y me ha dado dos palmaditas en la cara.

¡Me he puesto como un tomate!

Luego hemos estado aprendiendo a respirar cada tres brazadas y a mover los brazos en espalda. ¡Está chupao!, creo que lo hago todo muy bien.

Hoy me han dejado unas gafas y se ve todo el fondo de la piscina, las rayas de separación y los baldosines cuadrados. Le voy decir a mi madre que me compre unas iguales, en el mar se tiene que ver todo fenomenal.

24 – julio

Querido diario, me han llamado mis primos y les he dicho que ya sé nadar en lo hondo. Se han alegrado mucho porque el año pasado no podía jugar con ellos en el agua porque me daba miedo. Ahora que ya se acaba el curso de natación me da mucha pena, porque me lo he pasado muy bien y he conocido a Eugenio. Espero que cuando yo sea mayor existan chicos parecidos a

él, aunque si él estuviera libre... Creo que voy a llorar cuando me despida de mis compañeros y aunque yo no voy a asistir al día de la fiesta de fin de curso porque ya me habré ido, los voy a echar mucho de menos.

27 – julio

Querido diario, perdóname por haber estado dos días sin poder escribir nada pero en mi casa se ha impuesto el toque de guerra de las maletas y mi madre está para que la encierren.

Hoy ha sido mi último día de natación y he llorado como una magdalena al despedirme. Eugenio me ha preguntado si voy a seguir yendo en invierno a los cursos (yo le he dicho que sí, pero ya veremos) y creo que a él también le da pena que me vaya.

Mañana empiezan las vacaciones y no voy a tener tiempo de escribir nada más (ni sitio donde ponerlo porque el coche va a ir hasta arriba como de costumbre).

Hasta septiembre.

"Puño de Hierro"

y la pantera



"Puño de Hierro"
y la pantera

Capítulo I

Nos hallamos en el puerto de una importante ciudad de Inglaterra a finales del siglo pasado. Allí se encuentra una taberna que se llama La Urraca, que está llena de marineros casi siempre borrachos de ron y cerveza y deseando apostar por cualquier asunto que sea digno de su atención: beber más de cincuenta pintas sin parar, peleas, pulsos entre dos, comerse tres ciervos asados seguidos, etc.

De entre todos los marineros, hay uno que destaca por su gran tamaño y fortaleza. Ése es “Puño de Hierro” que deja a todos sus rivales k.o. en menos de un minuto. Su gran envergadura y fuertes puños le permiten

ganar todas las peleas con apuestas que se celebran en el puerto y en la taberna.

Una vez llegó un ruso a la ciudad que tenía fama de saber pelear muy bien. Decían que nunca había perdido un solo combate en toda su vida. Cuando se bajó del barco dijo que quería luchar contra el mejor de esa ciudad. “Puño de Hierro” y él libraron una dura pelea que se saldó con la victoria de “Puño de Hierro”, que con sus fuertes golpes logró vencer a tan recio rival.

Desde entonces nadie se atrevió a luchar contra él, su fortaleza era superior a todos los que allí habitaban o simplemente iban de paso. Se buscó la forma de encontrar un adversario que tuviera iguales características pugilísticas o que al menos le durara algo más de un minuto.

Y se encontró. Era una pantera negra traída de África a la que habían cortado sus afiladas garras pero

que contaba con una descomunal fuerza y una asombrosa agilidad. Sus dueños eran unos Zíngaros que pasaban por la ciudad camino de ferias y fiestas. Se apostaron inmensas cantidades de dinero a favor de “Puño de Hierro”, que el día anterior a la pelea fue a ver a la pantera al carromato de sus dueños.

- *¿Por qué no está enjaulada?* -preguntó sorprendido.

- *Pantera es un animal muy inteligente que no necesita vivir en una jaula* -dijo el más anciano de los que estaban allí.

- *¿Ha peleado anteriormente contra alguien?* -le dijo “Puño de Hierro”.

- *Contra toros, anacondas, hombres...*

- ¿Y siempre ha vencido?

- Siempre.

- ¿Por qué le cortaron sus garras? -preguntó “Puño de Hierro” mirando con curiosidad a la pantera.

- Porque si no, nos dominaría ella a nosotros. Es un animal muy inteligente.

La noche del combate había mucha expectación. “Puño de Hierro” se había preparado concienzudamente y aunque se mostraba seguro de sí mismo tenía dudas acerca de tan curioso rival, una pantera negra que decían que era muy hábil en el cuerpo a cuerpo. El centro de la taberna servía de escenario para tan singular lance, se dispuso todo con mesas y sillas para que pareciese un verdadero cuadrilátero de lucha. El combate se disputaría sin límite de tiempo, el que antes se rindiera perdería

la pelea, sólo tenía que dar tres golpes en el suelo como señal de derrota.

La pantera llegó muy tranquila, se sentó felina y majestuosamente en uno de los rincones del improvisado cuadrilátero y en medio de un griterío en su contra. Entre el humo y las jarras de cerveza apareció “Puño de Hierro”, sonriente y vestido como un bucanero. Llevaba un pañuelo de lunares blancos y negros atado a su cabeza, muñequeras de cuero, camiseta a rayas de pirata y un ojo tapado que se quitó al entrar al escenario de la lucha. Allí vio a la pantera en reposo, tenía una de las patas delanteras encima de la otra, los ojos a medio abrir y una inquietante apariencia de indiferencia que sobresaltó a su rival. Ni siquiera el ruido ensordecedor y opresivo le producía reacción alguna. Estaba atada con un gran cordel, también negro, que sostenía un zíngaro adolescente. Su piel negra brillaba ante las más de cien antorchas que los dueños de la taberna habían hecho

traer, su figura irradiaba sosiego y templanza. La cara de “Puño de Hierro” mostraba alegría por los gritos de apoyo que sus vecinos y amigos le rendían.

¡Dale con tus puños!, ¡Acaba con el gato ese!, ¡Arráncale los bigotes!, eran algunas de las frases que se podían escuchar del numeroso público que se había congregado en La Urraca. Hasta las mujeres habían entrado (normalmente les estaba prohibida la entrada) para ver tan peculiar torneo.

El dueño de la taberna hizo guardar silencio desde el centro del cuadrilátero. A continuación les dijo a los asistentes que antes de que empezara la pelea todos los presentes tenían que probar la rica cerveza que había hecho traer desde Flandes para celebrar el acontecimiento. Empezaron a protestar y a tirarle una serie de objetos que éste fue apartando con resignación del suelo. Después explicó las normas del combate (en realidad no

había casi ninguna) y presentó a los contendientes para alborozo de los allí presentes. La pantera movió ligeramente la cabeza cuando dijeron su nombre y su apodo “La Pantera Asesina”, que dio paso a un gran silbido de protesta. Cuando presentaron a “Puño de Hierro” los concurrentes se volvieron locos de contentos. En especial se escuchó una trompeta desafinada durante varios segundos, lo que provocó que se oyera a varios cientos de metros de la taberna.

Capítulo II

La pelea iba a comenzar, la pantera se levantó y se estiró alargando sus dos patas delanteras hacia delante hasta tocar el suelo con su cuerpo. Parecía un gato que se acababa de levantar, abrió su boca para bostezar, exhibiendo unos enormes colmillos que contrastaban con el color azabache de su cuerpo. Soltó un pequeño rugido y sacudió su cuerpo como hacen los perros cuando están mojados.

“Puño de Hierro” se inquietó por momentos al ver el tamaño de sus dientes, pero logró sobreponerse dándose con los puños en su pecho, como hacen los gorilas machos para reivindicar su territorio. Empezó a cami-

nar muy despacio por el límite de separación de las mesas y las sillas. No dejaba de mirar a su oponente. Estudiaba cada uno de los movimientos que hacía. El dueño de la taberna disparó al aire con su pistola produciendo un enorme estruendo.

La pelea acababa de empezar.

La pantera caminaba alrededor del cuadrilátero aguantando una lluvia de objetos que le caía desde el público. Cada vez que uno de esos objetos impactaba en su cuerpo rugía y miraba en la dirección de donde provenía. “Puño de Hierro” se iba acercando hacia donde estaba la pantera, tenía previsto abalanzarse sobre ella y abrazarla con todas sus fuerzas hasta asfixiarla. Esperó el momento propicio para sorprenderla y se tiró en plancha hacia ella. Pero la pantera, que adivinó las intenciones, dio un gran salto hacia un lado apartándose rápidamente de la trayectoria de “Puño de Hierro”, que quedó boca abajo

en el suelo provocando las risotadas de todos los espectadores. Se levantó enfurecido y se dirigió de nuevo hacia su rival que esperaba sentada con sus dos patas traseras apoyadas en el suelo. Muy bruscamente “Puño de Hierro” se lanzó de nuevo hacia la pantera, que esta vez no sólo se apartó rápidamente, sino que esperó a que éste estuviera en el suelo para situarse encima de su cuerpo y con sus dos patas delanteras, carentes de garras, rodearle el cuello con sorprendente agilidad y fuerza. Acercó su cara a la oreja de “Puño de Hierro” y le dijo con una voz muy ronca y apenas perceptible:

- Ríndete y no te haré daño.

“Puño de Hierro” saltó como un resorte desde el suelo, creía estar volviéndose loco, porque le había parecido oír que la pantera le había hablado. Se sacudió la cabeza y con los ojos muy abiertos se quedó mirando al animal, que andaba alrededor de la pista lenta y felinamente.

“Puño de Hierro” se puso muy nervioso, estaba alterado, no sabía qué hacer. Trató de arrinconar a la pantera y cuando ésta tenía muy poco espacio para huir, se abalanzó hacia ella por tercera vez yéndose a estrellar contra una de las mesas que hacía de separación entre el público y el ring. Con ligereza y prestanza la pantera se fue hacia uno de sus brazos, lo agarró con sus cuatro patas y lo dobló hacia el cuerpo de “Puño de Hierro”, que quedó aprisionado con la zafadura de la pantera y las patas de la mesa.

- *¡Ríndete de una vez!* -le dijo la pantera esta vez en un tono más energético pero sin que nadie, a excepción de “Puño de Hierro”, la escuchara.

“Puño de Hierro” quiso salir de allí, pero cuanto más fuerza hacía, más daño le producía la pantera. Agarró con su brazo libre una silla y se la tiró a la pantera, pero apenas le rozó y ésta como castigo dobló aún más

su brazo produciéndole inmensos dolores. No se quería rendir tan pronto, además iba a ser su primera derrota en su propia taberna y no podía consentir perder frente a un simple animal.

Pero después de unos minutos de forcejeo se tuvo que rendir a la evidencia y dar tres golpes en el suelo. “Puño de Hierro” había perdido, lo que provocó que los espectadores le silbaran y aplaudieran al campeón, una pantera que sumisamente se dejó poner el cordel y se fue, no sin antes mirar al que había sido su adversario que estaba doliéndose del brazo rodeado de varios hombres que trataban de consolarlo. Sus miradas se cruzaron apenas un instante. La cara de “Puño de Hierro” era de desolación y de incredulidad ante lo que había pasado.

Capítulo III

No le comentó a nadie que había oído hablar a la pantera. Lo tomarían por loco, pensó, así que decidió ir a verla para despejar sus dudas, ya que por momentos creía que podía haber sido un espejismo producto del fragor de la lucha. Fue al día siguiente hasta el carrromato de zíngaros, que ese mismo día partía de la ciudad.

-Quiero ver a la pantera -dijo todavía con el brazo en cabestrillo.

-Está descansando -le dijo uno de los que estaba recogiendo los enseres.

-Insisto. No me iré de aquí si no hablo con ella -
repitió “Puño de Hierro” dándose cuenta de lo que había
dicho: hablo con ella.

En ese instante salió del carromato el anciano,
que molesto por la presencia de éste le dijo que se mar-
chara inmediatamente. Pero no hizo falta discutir, la pan-
tera salió de detrás del carromato y con aires aristocráti-
cos se dirigió a unos metros de donde estaban todos. Iba
sola y con la cabeza le indicó a “Puño de Hierro” que le
siguiera. Se sentaron al lado de dos grandes piedras y allí
se miraron profundamente a los ojos. “Puño de Hierro”
empezó la conversación:

- ¿Quién o qué eres?

- ¿No lo ves? Soy una pantera con voz muy ronca.

- ¿Y cómo, cómo... puedes hablar?

-Muchos animales hablamos, los loros, papagayos, cotorras, algún tipo de simio, entre ellos los hombres.

- ¿Y por qué lo mantienes en silencio?

-Porque vosotros los humanos creeríais que soy el demonio o algo parecido y me daríais muerte con uno de esos pistolones que usáis. O a lo peor me quemaríais en la hoguera sin atender a mis súplicas.

- ¿Y desde cuándo hablas?

-Mis antepasados se comunicaban con la tribu africana de los Malasa. Tratábamos de ponernos de acuerdo sobre el territorio con gestos y con sonidos guturales hasta lograr perfeccionar el sonido de la voz. Así han pasado varias generaciones de panteras. Voy buscando una pantera hembra que perpetúe esta cualidad, pero

aún no he encontrado ninguna. Los Zíngaros me engañaron diciendo que robarían una en cualquier zoo, pero no ha sido así.

- ¿Por qué no te quedas conmigo? -le dijo "Puño de Hierro".

-No quiero más peleas, gracias.

-Sin peleas, te ayudaré a buscar a tu pareja.

-Me marcho hoy mismo -le dijo pensativa la pantera.

-No importa. Les diré a los Zíngaros que te quedas conmigo, no se atreverán a decirnos nada. Mi casa es muy grande podemos estar los dos perfectamente, ¿Te parece una buena idea?

-Tendrás que pagarle algo de dinero, ellos pagaron por mí.

-Está bien hablaré con el anciano.

-No trates de hacerlo por las malas, a su manera ellos también pueden ser muy fuertes.

“Puño de Hierro” habló con el anciano y por mil guineas, una fortuna por aquel entonces (tuvo que pedir dinero prestado), dio la bendición para que la pantera se quedara con él. Al despedirse, el chico que la había cuidado el tiempo que la pantera permaneció con ellos se abrazó a la pantera y en ella se pudo ver la tristeza reflejada en su rostro.

-Adiós y cuídate. Gracias por haberte preocupado tanto por mí -le dijo la pantera a un cabizbajo muchacho.

-Nunca te olvidaré pantera, me has enseñado mucho -le dijo entre lágrimas.

Al irse alejando del carromato, la pantera miró hacia atrás y vio a toda la familia de zingaros despedirse del ilustre animal.

“Puño de Hierro” acomodó una habitación para la pantera en su casa. Le llevaba dos kilos de carne fresca y todas las semanas la bañaba con agua templada y jabón en el patio. Una noche de niebla y frío “Puño de Hierro” regresó a su casa preocupado y misterioso.

- ¿Te ocurre algo?

-Tengo que pelear contra un elefante de un circo que ha venido a la ciudad -le dijo “Puño de Hierro”.

- ¿Por qué sigues peleando?

-Debo mucho dinero todavía, pero un par de peleas más y saldaré mis deudas. Aunque no sé si saldré vivo de alguna de éstas, sobre todo la del elefante.

-Le vencerás con facilidad, no te preocupes - le dijo la pantera con su habitual tranquilidad.

- ¿Cómo? Es así de grande.

- ¿Cuándo es el combate?

-Dentro de unos días.

-Mañana empezaremos un régimen de forma física, por ahora nada de cervezas -le dijo severa y firme la pantera.

-Pero...

-Y ahora a acostarse.

“Puño de Hierro” hizo caso a todo lo que le dijo la pantera, bebía zumos de frutas y juntos se iban a correr a la playa por la mañana. Además atendía con mucho interés las clases de lucha que le impartió la pantera.

-El kárate es una modalidad de lucha japonesa basada en golpes secos realizados con el borde de la mano, los codos o los pies. Es fundamentalmente un arte de defensa y tienes que ser muy rápido al golpear al contrario - le decía la pantera al tiempo que realizaba sobre sus dos piernas algunos ejercicios y katas.

- ¿Dónde aprendiste todo esto?

-En mis viajes por todo el mundo buscando a una pantera hembra, ya quedan muy pocas en condiciones de tener descendencia sana. Atiende por favor. Luego está el judo que también procede del Japón y que es un sistema de lucha, que hoy se practica también como deporte,

y que tiene por objeto principal defenderse sin armas mediante llaves y movimientos aplicados con destreza y casi siempre utilizando la fuerza del contrario.

-Comprendo, es lo que tú me hiciste en nuestro combate.

-Sí, pero hay otros muchos tipos de lucha oriental, está el kung-fu, el taekwondo, el sumo y otros cuantos más que te iré enseñando. ¿Has oído hablar de la lucha grecorromana?

-No mucho.

-Es un tipo de lucha que se practica aquí en Europa desde hace muchos años, la descubrí en la isla de Creta viendo a dos hombres pelear hasta que uno de ellos se cae al suelo. Es un combate cuerpo a cuerpo, abrazándose entre dos, que consiste en dar con el contrario en

tierra. Proviene de la antigua Grecia y se llamaba pancracio, aunque luego los romanos la utilizaron en sus circos para pelear contra animales. Allí murieron muchos antepasados míos que huían despavoridos del fuego y otras artimañas que los hombres utilizaban.

-Lo siento. A veces los humanos nos comportamos como verdaderos animales.

-Nosotros decimos que a veces los animales se comportan como humanos.

-Sí, tienes razón, pero continua, es muy interesante eso que estás contando.

-Existe también una modalidad africana de lucha, que tuvo su origen en las Islas Canarias, frente al desierto del Sahara.

-He oído hablar de ellas -dijo atento “Puño de Hierro”.

-Allí los guanches peleaban cuerpo a cuerpo en vertical embadurnados de grasa y sin que se permitiera dar ningún tipo de golpes. Ganaba el que antes se rindiera y a veces los combates duraban horas y horas.

-¿No se permite, ni siquiera, dar un puñetacito? -dijo “Puño de Hierro” haciendo un gesto al aire con su mano cerrada.

-No -dijo la pantera poniendo los ojos en blanco-. Y ahora preparemos el combate con el elefante del circo. Tienes que ir a preguntar si es macho o hembra.

-¿Y eso qué cambia? -le dijo “Puño de Hierro”.

-Mucho. Vete a preguntarlo y de paso entérate dónde podemos conseguir ratones blancos vivos.

-¿Por qué quieres ratones, tienes hambre?

-No, claro que no.

Capítulo IV

“Puño de Hierro” hizo caso a todo lo que le dijo la pantera, se mantuvo alejado de la taberna y ejercitaba sus músculos con férrea disciplina. Aprendió técnicas orientales de lucha y lo más importante, desde ese momento tuvo un amigo que le aconsejaba en todo momento. Horas antes del combate con el elefante hembra, le dispuso la táctica que tenía que seguir.

-En mi tierra, en el centro de África, tienes que ser muy listo si quieres seguir viviendo. Y si no quieres morir a manos de algún animal más fuerte o más grande que tú, tienes que saber cuáles son los puntos débiles del rival. Por ejemplo, las leonas jamás atacan por la noche,

los leopardos no se arcean a los lugares donde hay agua y los elefantes, sobre todo las hembras, salen despavoridos si ven un animal pequeño como un ratón.

- ¿Quieres decir que los elefantes de más de mil kilos de peso se asustan ante la visión de un vulgar ratón? -le dijo "Puño de Hierro".

-Sí. Pero tienes que tener cuidado porque sus poderosas patas pueden aplastarte, sus largos colmillos te pueden atravesar y su trompa te puede mandar a varios metros de distancia.

-Es muy lento, me subiré encima y le sacudiré fuerte hasta que...

-No, y mil veces no. No utilices tu fuerza, porque la suya es infinitamente mayor, utiliza la inteligencia, es tu mejor arma y tu fiel aliada.

-Está bien, tú dime lo que hay que hacer, te haré caso en todo -dijo un resignado “Puño de Hierro”.

La pelea no tuvo mucha historia, la elefanta se mostró torpe y tardona en la persecución de “Puño de Hierro”. Éste la agarró de su corto rabo para que diera vueltas sobre sí misma hasta conseguir que se marease y perdiera el sentido de la orientación y el equilibrio. Cuando ya estaba con cierto aturdimiento, le mostró a un ratoncito blanco que sacó de un bolsillo de la chaqueta. Sus ligeros gemidos emitían un sonido muy agudo y desagradable para la elefanta. La visión de este pequeño animal y sus *insoportables grititos* hizo que ésta huyera despavorida del muelle en dirección contraria llevándose consigo cuanto encontraba a su paso.

Sus dueños tardaron dos días en dar con ella. No volvió a luchar contra nadie.

“Puño de Hierro” y la pantera se desplazaron al continente europeo en busca de una pantera que pudiera perpetuar la especie y con ella todas sus cualidades.

En el zoo de Hamburgo, encontraron una pantera hembra pero era muy mayor y ya no podía tener más descendencia. Allí, y para costearse los viajes, “Puño de Hierro” luchó contra cinco chinos mandarines enanos a los que pudo vencer gracias a los consejos de la pantera.

En España luchó en Pamplona un siete de julio contra un enorme toro al que hizo correr por toda la ciudad con un pañuelo rojo como señuelo hasta cansarlo y reventarlo. A partir de ese momento se tomó como tradición que parte de los habitantes de esa ciudad corrieran todos los años delante de varios toros el mismo día del mes que lo hizo “Puño de Hierro”.

En Francia disputó una prueba de fuerza contra dos caballos alazanes, a los que venció siguiendo una técnica de contrapeso que le enseñó la pantera. Y así siguieron los dos de aventura en aventura, buscando en los sitios más recónditos una compañera hembra para perpetuar tan inteligente especie.

Arturo Pérez Belló nació en un lugar de La Mancha cuyo nombre es Puerto además de Llano, hace unos cuantos años ya. Desde pequeño ya le decían sus maestros que tenía mucho cuento y sus entrenadores también le indicaban que se dejara de tanto cuento en los entrenamientos. Sus padres trataron de que se desistiera de cuentos y que se dedicara a estudiar en serio y sus amigos le pedían que no fuera tan cuentista en todo lo que contara. Ya de mayor sus jefes le siguen diciendo que vaya cuento que tiene y sus hijos le dicen que no cuente tantos cuentos. Y así, sin querer hacerse mayor del todo, se ha ido desarrollando este aprendiz de Peter Pan, en un mundo de seriedad en el que los Capitanes Garfios y las Brujas de Blancanieves han tratado de que se vuelva dócil y sensato. Algunos de estos malvados personajillos lo han intentado desterrar al “País de la Realidad”, pero él ha podido seguir viviendo en el “País de Nunca Jamás” y garabatear estos cuentecillos que espera que os gusten.



Comunidad de Madrid
Consejería de Cultura y Deportes
DIRECCIÓN GENERAL DE DEPORTES

ISBN 8445129760



9 788445 129760